



## El Acabamiento y el Pensar. Nietzsche, Heidegger y la voluntad de poder

José Luis Cardero

### 1. Sobrevuelo del mundo y poner en entredicho.

*A mi maestro Pietro.  
Cántame una nueva canción:  
El mundo está transfigurado  
y todos los cielos se regocijan..*

EL CRUCIFICADO.

Si fuera posible correr en torno a la tierra –húmeda, seca, sacrificada- como lo hace el viento del espíritu, veríamos tal vez el aura de los Maestros que piensan acerca del Mundo y sobre las posibilidades y miserias del Mundo. Cómo si no, habríamos de soñar con los sueños de los que no temen ir más allá de los límites señalados. Cómo si no, arriesgaríamos vida y esperanza para doblar todos los cabos reputados como peligrosos, plenos de fantasmas. Cómo si no, buscaríamos pese a todo el desafío frente a los propósitos que para nosotros yacen previstos y escogidos desde nuestro mismo nacimiento, en éste Canto de los Cantos...

El sobrevuelo del mundo es un testimonio mismo, cierto y fidedigno, del Gran Tumulto. Y con esa herramienta se puede contemplar todo aquello que, después de tantos años transcurridos en sombra, quizá desde el principio mismo aleteante e indeciso hacia nosotros y hacia nuestro fin, es Monstruo y es Caos. Describir el Gran Tumulto del Mundo y volver de nuevo entre nuestros hermanos para relatar su sordo e impotente gruñido, es una empresa posible y generosa, pero también cargada de amenazas y de posibilidades de fracaso, porque en una buena parte de sí, ese rumor preñado de posibilidades nefastas nace en nuestro jardín interior, en ese rincón del que hemos expulsado al Gran Otro, en esa Esfera a partir de la cual, queremos que nazca la diferencia que todos y cada uno pretendemos ser.

Entonces, ¿por qué no nos preocupa ya la Decadencia de la que formamos parte al nacer mismo? ¿Cómo se ha hecho ésta tan presente entre nosotros que ni siquiera nos horrorizamos de nuestro aspecto frente al espejo en el que se miran quienes no son de éste Mundo? Horrorizar-se. Ahí está el secreto de los secretos. El *solve et coagula* de nuestra Gran Obra particular. El mayor arcano conservado a través de la vieja danza de los grandes dioses sin nombre. Pero nuestro afán nos lleva un poco más allá, por el camino que no tiene vuelta atrás. Criticamos y criticamos las grandes palabras. Agitamos y agitamos las coloreadas banderolas de oración, haciendo que el viento se lleve nuestros des-afanes hasta importunar con ellos a los viejos númenes de la montaña. No nos reconocemos al respirar el aire puro, ni identificamos como nuestros los latidos agitados que golpean contra la jaula del pecho. Por eso, nuestra última esperanza, nuestra posibilidad pequeña, casi miserable, antes

del Apagón definitivo, es el sobrevuelo del mundo, la superación –por altura, velocidad y distancia- de un universo de sentimientos carcomidos, de ansias mustias y de un eterno y fatigoso roer los huesos descarnados y cenicientos de la Razón.

En una antigua crónica, montón de hojas polvorientas entre el polvo miserable de unas cuantas almas osadas, se narra la epopeya de aquellos que creyeron en un Universo Prometido por los dioses. Las promesas de los dioses son el ejemplo más acabado de la ceguera humana proyectada en el abismo multidimensional del espacio-tiempo. Nada hay de fijo ni de estable ni de permanente en ellas, pero los humanos continúan depositando sus esperanzas en esos podridos recipientes. Creen en la posibilidad, en la rara oportunidad de que aquello que yace al otro lado de las colinas sea tal vez mejor, tal vez más digno y susceptible de nuevas reverencias y oraciones murmuradas a media voz, con temor y respeto. Pero cuando sus pasos cansados remontan esa pequeña altura y contemplan un nuevo horizonte, pueden ver que en todas sus partes y extensiones, en todas sus grietas, recovecos y surcos, la sustancia de las horas y de los días por los que han de atravesar, está tan perdida e irremisiblemente muerta como lo que dejaron atrás.

Uno de nuestros Maestros fieles lo dice con palabras terribles, que suenan como el huracán en los oídos del viajero extraviado y sin abrigo que, al fin, todos parecemos ser: *La “humanidad” no avanza, ni siquiera existe...El hombre no constituye progreso con respecto al animal*<sup>1</sup>. Otro de los Maestros fieles lo hace sentir, a su vez: *Un monstre gai vaut mieux qu’un sentimental ennuyeux*<sup>2</sup>. Si quisiéramos, al menos, escuchar sus voces, ya lejanas y perdidas en la oscuridad...Pero casi todos aquellos a quienes preguntamos por esos ecos extraviados nos dicen, después de aguzar el oído: No prestéis atención. Es el viento que llora. Es el agua que disuelve. Es el tiempo que rasca y rasca en nuestros corazones hasta detenerlos...

La Decadencia. Eso es lo que primero distinguen quienes despiertan del encantamiento en el cual casi todos permanecemos sumidos. Decadencia de los sueños. Decadencia de los propósitos. Decadencia de los intereses. Hay Decadencia cuando existe un predominio y una libre disposición por parte de los dioses y por parte de los secuaces y sectarios de los dioses. Es en el atardecer de la vida cuando se distinguen con mayor lucidez los fundamentos ramplones, vocingleros y anestésicos de la cultura en la que prevalecen esas pequeñas deidades a las que consideramos padres del Mundo. Y también se distinguen con claridad en el sobrevuelo de éste. ¿A que me refiero cuando resalto lo de la “cultura de los dioses”? Ni más ni menos que a una gran ausencia interior, a una sombra que mora allí donde debería haber luz, a la desesperanza tranquila y aborregada que crece allí donde debería haber rebeldía, desasosiego, temeridad, audacia.

Para emprender el sobrevuelo del Mundo es necesario arrojar de sí la vieja y asfixiante calavera de lo Siempre Dicho, de lo Apresuradamente Confirmado, de lo Permanentemente Hurtado y Escondido a nuestros ojos. Hay que romper las cadenas que nos imponen aquellos que viven de la justificación exhibida por el *permanente sometimiento fatal a los hechos*<sup>3</sup>. Nos preguntamos ¿De qué lado está, entonces, el vencedor? Del lado de los Muertos, nos responden muchos ecos fatales, llegados hasta nosotros desde todo el círculo del horizonte. No es posible emprender tal lucha sin un compromiso y sin una coincidencia. Compromiso con el sentimiento que nos eleva a través de la bruma con la que los dioses nos inundan y coincidencia con su oportunidad: Es aquí. Y es Ahora.

Sin embargo, hay otros enemigos, además de los dioses de barro y madera a los que adoramos, temerosos de lo que puedan hacer nuestras propias sombras

---

<sup>1</sup> Friedrich Nietzsche, *La voluntad de poderío*. EDAF, Madrid, 1999. 90.(pág. 75).

<sup>2</sup> Voltaire. Citado en F. Nietzsche, o. cit. 91. (p. 75)

<sup>3</sup> Ibid. 95. (p.79).

arrojadas contra la pared. Son el “no-querer”, el “no-interesar” y, finalmente, el “no-sentir”. Y por esos caminos oscuros del Sol Negro marchan entonces nuestros corazones, como rehenes de una causa innoble y podrida desde el principio de los tiempos. En las remotas edades, antes del acabarse de sus propios días, algo terrible y sin piedad danzaba en el laberinto de Minos. Allí reproducía, tras cada sacrificio, el viejo Orden del universo. Porque, danzar alrededor de una enorme piedra, que es Centro del Mundo y que es Anillo del Mundo, ¿no es muy parecido a elucubrar –danzar con el pensamiento- acerca del eterno retorno de lo mismo? Y el eterno retorno de lo mismo, espiral de las espirales a las que es posible entender, bien desde un punto central –*omphalos*- bien desde el exterior mirando hacia el centro ¿no es en realidad un *passage*, un transporte, un *deslizar-se* hacia la comprensión del mundo, hacia su dominio, hacia el pensar-el-ser, es decir, ni más ni menos que hacia el comprender el ser?<sup>4</sup> En cualquier caso, como dice nuestro Maestro fiel, *que todo retorne es el más extremo acercamiento de un mundo del devenir al mundo del ser: cima de la consideración*<sup>5</sup>, aunque aquí se trate quizá más bien de un *descarnarse*. Acción terrible y espantosa de ver para ciertas almas buenas, pero muy oportuna si deseamos verdaderamente y sin reticencias que nos estorben para ello, entender el *poner en entredicho*, no sólo como sistema, luz y guía de nuestro camino por medio de tales sombras, sino como un auténtico, querido y ansiosamente buscado funcionar íntimo del pensamiento. Pero, ya se sabe. Las grandes cosas exigen que o bien se calle uno acerca de ellas o bien que se hable de ellas con grandeza, es decir, con cinismo e inocencia<sup>6</sup>.

¿Estamos, entonces, del lado de los vencedores, es decir, del lado de los Muertos, cuando intentamos el sobrevuelo del mundo? Nuestro Acabamiento es un trabajo de gran porte para aquellos que nos conducen y no resulta fácil decir si vamos por buen o mal camino ni si nuestros acompañantes son lo que ellos dicen ser o, por el contrario, representan todo aquello a lo que deberíamos combatir sin tregua desde los primeros instantes del despertar. Sabremos donde estamos y con quien vamos según como respondan a nuestro requerir y preguntar, a nuestro “estar-en” y “vivir-hacia”. Nada hay más propicio a la traición, a la entrega y a la sorpresa que las compañías de naturaleza ignorada, esas que se cubren con la máscara –falsa cara, aspecto diferente, disfraz, disimulo- de la complacencia. Así, la historia final podrá variar completamente en su narración, en sus héroes, también en sus villanos y, desde luego, como no, en la manera cómo aparece entre nosotros, sus víctimas, la mala conciencia.

Nuestro Maestro fiel nos habla de la mala conciencia, de esa que estorba y perjudica siempre el sobrevuelo del Mundo. Es algo contrario y burlesco. Taimado y escurridizo. Tenaz y perseverante. Como la Decadencia. Es algo *que nos lleva en dirección contraria, con inclinación no natural, contraria a los sentidos, contraria al pensamiento...*<sup>7</sup>. Él nos habla de la mala conciencia como una falsificación. Tal vez los Muertos hayan superado ya esa fantasmagoría o, cuando menos, crean que la han superado y por eso algunos consideran que su lado es el lado vencedor. Pero la naturaleza sutil de la mala conciencia impide casi siempre caer en la cuenta de su poder, de su influencia en la construcción de un modelo del Mundo, impide obtener una perspectiva desde fuera de él para poder juzgar su adecuación a nuestro interés

---

<sup>4</sup> La expresión “voluntad de poder” nombra el carácter fundamental del ente; todo ente que es, en la medida en que es, es voluntad de poder. ...¿Qué y cómo es la voluntad de poder misma? Respuesta: el eterno retorno de lo mismo. M. Heidegger, *Nietzsche*, Ed. Destino, Barcelona 2000. Tomo 1. 31 y s.

<sup>5</sup> Citado en. M. Heidegger, o.cit., Tomo 1. p. 32.

<sup>6</sup> Ibid.. 1 (p. 29).

<sup>7</sup> F. Nietzsche, o. cit., 293 (p. 183).

principal. Las posibilidades de la rebelión a la que llamamos *poner en entredicho* dependen absolutamente de esa conciencia y aprehensión de la mala conciencia.

¿Adónde nos lleva el detectar la anomalía de nuestro pensamiento? Los que pretenden estorbar el sobrevuelo del Mundo nos dirán: ese vuestro es el pecado de soberbia, el más fiero y terrible de los insultos a los dioses pequeños que os imponemos. Venid, colocaremos la Máscara verdadera sobre vuestra falsa cara y todo os será perdonado. Ella os protegerá de los dioses y también os protegerá de vosotros mismos, de la influencia de esos impulsos que juzgáis liberadores.

Pero el *poner en entredicho* argumentará a su vez: ¿Qué es, en verdad, lo que la Máscara encubre? ¿Vuestro falso rostro o el *verdadero* rostro de los dioses? ¿Qué os será perdonado? ¿Se os perdonará, acaso, el atrevimiento y la conciencia de vuestra mala conciencia? ¿Os perdonarán aquellos dioses pequeños y sus sacerdotes vuestro respeto de vosotros mismos y vuestra capacidad de ser malos?<sup>8</sup> Como dice nuestro Maestro fiel, *un paso en la evolución del sentimiento de poderío es el que supone haber provocado nosotros nuestros estados superiores, haberse causado a sí mismo...*<sup>9</sup>. El perdón al que muchos aspiran es tan sólo un cascarón vacío, un proyecto fallido de alguien que, en medio de la tormenta y en medio del estanque de los sueños, se consideró a sí mismo como rey de las ranas.

No-querer, no-interesar, no-sentir. Es lo sagrado. Lo numinoso. *La herencia de dos milenios de vivisección de la conciencia y de autocrucifixión*<sup>10</sup>. Así, el cabalgar sobre la mala conciencia, es *disfrutar de por vida* –y quizá más allá– con los resultados de un mal encuentro en algún lugar cualquiera de las volutas que forman un laberinto cuaternario. La autocrucifixión es una *confraternización* llevada a lo múltiple y a lo n-dimensional, porque equivale a un viaje, a un desplazamiento por aquellos meandros espirales y retorcidos del cuádruple laberinto, viaje que ha de realizarse aparentemente a solas –como el viaje de la muerte– aun cuando en verdad sea el más acompañado y compartido. Y esa es su única posibilidad de valor.

En el experimentar de la mala conciencia, como en el laberinto que se recorre y recorre complaciéndose en una soledad que nunca ha sido tal, todo va más allá y más lejos de lo que indican los sentidos. Éstos pueden equivocarse tomando las sombras que se unen a nuestro viaje por realidades contingentes (el –o lo– *endechómenon* aristotélico, pura negación de la necesidad), y tal vez por la única realidad posible. Pero nuestro auténtico sentido –el que llevamos despierto en el corazón, en el cerebro, en las vísceras y en la totalidad compleja de marcadores biofísicos y bioquímicos, llámesele intuición, si se quiere, en el sentido apuntado por Carl Gustav Jung– nos informa adecuada y puntualmente acerca de la profundidad que alcanzamos y, todavía mejor, de lo que nos aguarda, expectante y ansioso, al otro lado de aquél corredor o de determinada esquina del recorrido impuesto.

Pese a los sacerdotes y sectarios de los dioses pequeños o grandes, en contra de los esfuerzos desempeñados por los enviados de los arcontes, en nosotros se lleva a cabo una integración peculiar y diferente de los datos e informes sensoriales, un resumen inédito de las clasificaciones proporcionadas a través de la esclavitud condicionante y referencial de la socialización. Porque al final de todo, la cuestión no es – o al menos, no es sólo– la percepción alterada y condicionada, sino la posibilidad de elegir entre varios mapas, entre distintos caminos, por causa de una vibración no prevenida o de una suma no del todo asumida. Son los fallos y los errores en el funcionamiento de la organización compleja de la cual formamos parte los que, en última instancia, pueden salvarnos. Son esas *separaciones y antagonismos que revelan condiciones de existencia y degradación, no sólo en el hombre en general,*

---

<sup>8</sup> Ibid., 286 (p. 180).

<sup>9</sup> F. Nietzsche, 287 (p. 180).

<sup>10</sup> Ibid. 293 (p.183)

*sino en cualquier complejo sólido y duradero que quiere separarse de sus adversarios*<sup>11</sup>.

Ahora diremos ¿quién nos protege del Mal? Y no me refiero a esos pequeños y miserables arrebatos con los que tropezamos casi cotidianamente en el vivir o en el morir y desaparecer luego. Hablo del auténtico Mal. Del que evita que, junto a su morada, crezcan las enredaderas y las rosas salvajes de cualquier esperanza o de la más insignificante búsqueda de sentido. ¿Qué rituales de protección utilizaremos entonces para que no se revele ante nosotros el auténtico rostro del *ser*? Nuestra única esperanza es, tal vez, el convencimiento de que en el Laberinto, como en el discurso, todo retorna. Su entrada es fácil y los proyectos de llegar hasta el, sencillos, incluso nobles en apariencia. La salida es casi imposible: *sed revocare gradum, hoc opus, hic labor est*.<sup>12</sup> Aunque siempre acaba por producirse, si bien el proceso puede agotar nuestro tiempo y el de otros. Un tiempo que casi nunca tenemos. Es mejor, para ello, que no contemos con los dioses, aunque los dioses contarán desde luego sobre nosotros o sobre los restos que abandonemos.

No se mira a la cara de los pequeños dioses, ni a la cara de los grandes númenes, sin pagar por ello un pesado y prolongado tributo en carne y en sangre. La percepción alterada y las personalidades vencidas en esa lucha de eones influyen en el desplazarse del equilibrio, en la transmisión de todo ello, en la conservación y en la propagación mente a mente, idea por idea, del escuálido y poco provechoso pretexto de la felicidad individual. Nada hay que se comprometa tanto a destruir esa maraña invisible –y por ello más feroz- que poner en entredicho. Y hablamos de esa alternativa de la única manera que le corresponde: con ferocidad y con orgullo, con petulancia suficiente para que arranque así desde su fabular mismo, incluso desde su enunciado, un propósito decidido y, al tiempo, contradictorio, capaz de pasar por la minuciosa requisa de los arcontes.

El poder de la conformidad con el destino es un ácido corrosivo de éste propósito y proyecto. Poner en entredicho hará saltar por los aires el funesto plan del poder que los dioses pequeños y grandes exhiben confiados desde el interior de nuestra mente. Aquí no se debe ser objetivo, sino, al contrario, parcial y seguidor de todo lo que contribuya al fin de su reinado. Argumentos, razones, dichos y consejos, devoran el camino bajo los pies del que desea llegar hasta el final y tomar entonces la palabra, *no como un anacoreta y filósofo... sino como un pájaro espectral y profético que mirase hacia atrás y viese, con ello, su propia alma*<sup>13</sup>.

## **2. La miseria de lo encontrado y de lo que sobrevive al miedo.**

De lo que nace o surge ante nosotros, nada hay que no pueda verse comprometido en una confrontación máxima. Y no será la búsqueda anhelante – incluso vergonzosa- de sentido, lo que vaya a salvarnos. Porque aquí mora el olvido del ser y se describe el sentimiento de flotar sobre lo profundo.

Lo encontrado tiene un carácter especular, es decir, vemos el reflejo casi constante de aquello que está preparado para salir en libertad por el mundo desde nuestra esfera interior. Somos hasta cierto punto responsables de ello cuando nos preguntamos en qué consiste eso que de nosotros parte hacia el mundo. No podemos hacer nada más que realizar y publicar una y otra vez esta pregunta básica, sin cuyo enunciado todo lo demás carecería de sentido, al menos con respecto a nosotros.

---

<sup>11</sup> Ibid. 296 (pág. 185).

<sup>12</sup> Karl Kerényi, *En el laberinto*. Ed. Siruela, Madrid 2006. pág. 74.

<sup>13</sup> Ibid. 3 (pág. 29-30)

Pero lo que nos abandona no se convierte en lo encontrado, ya que eso es un conjunto de muchas proyecciones de unos y de otros, de dueños y esclavos, de especuladores y de animales mansos. Todos echan, arrojan de sí para el fondo común que recoge. Y lo que pretendemos obtener de nuestra pertenencia al grupo, de la participación más o menos diligente o tal vez forzada, no querida, no es lo que se nos da. Esa es una de las primeras verdades en la era del Acabamiento: Nunca se nos da lo que pretendemos recibir o aquello a lo que nos consideramos con derecho, sino lo que nos toca o lo que nos conceden los representantes de los dioses muertos.

Lo que nace o surge ante nosotros tampoco presenta ninguna condición esperada o vinculada con lo que se nos da. Lo que surge, no nos pertenece y difícilmente lo conseguiremos como nuestro. Así, *hemos introducido en el "mundo" (en el ente en su totalidad) un valor. Lo que hemos introducido (cae en) el mundo y es nuevamente retirado por nosotros, de modo que, tras ese "retirar", el mundo se muestra ahora carente de valor*, tal como supone Heidegger al examinar ese camino que siguen las categorías con las que se introducen valores en el mundo<sup>14</sup>. Pero, al ocurrir el proceso de arrojar, caer y retirar, en el mundo se ha introducido también algo más: una tendencia, un desequilibrio que impulsará más adelante –o tal vez habría que decir, *se responsabilizará luego en-* nuevas transformaciones. Por eso se afirma que el estado que resulta *no puede ser pensado de ninguna forma como definitivo*<sup>15</sup>. Y el resultado logrado, exhibido o presentado de lo no-definitivo, es una cuestión importante para nosotros.

Precisamente ese es el carácter de lo encontrado: su presentación como algo que no se puede considerar acabado, ni dispuesto para *pertenecer-a*. Nadie podría apoderarse de ello sin ser absorbido por su discontinuidad esencial, producto del ir y venir desde nosotros al mundo. Una de las preguntas de Heidegger es, precisamente, por "nosotros". Con una nueva pregunta pretende enterarse de "lo que sucede" con ese trasiego o con la actividad de "nosotros" y afirma que, para Nietzsche, nuestro Maestro fiel, ese "nosotros" representa al *hombre de la historia occidental*. Una y la misma historia, no individuos señalados o colocados en posición para ello<sup>16</sup>.

Quizá la reacción de ese ser ante la condición específica de lo encontrado pueda considerarse como peculiarmente asignada y característicamente comprometida con el tipo preciso de humanidad que nos rodea aquí, en la vieja Europa, ahora y en los tiempos antiguos, con esa necesidad, apenas expresada pero profundamente sentida y señalada del *orden interior*. Nuestra tendencia a despegar hacia las profundidades azules y blancas de los abismos de fuera es entonces condicionada, fragmentada y sujeta por los modelos del mundo. El infinito llamado, invocado, ha sido roto en los mil pedazos de una esperanza frustrada, confusa y colocada en su lugar, con el proceso cada vez más asfixiante y cegador del "arrojar" – "recoger" – "ordenar", del que surgen, como fantasmas, todos los valores. La intención conduce ahora en vía rápida hacia el proceso y el *acto*. Nuestro impulso se ha dirigido desde el poder encerrado en el camino y la superación dialécticos hacia el *ponerse de nuevo* y hacia la caída distorsionante en la que bullen y hierven –ya controlados-dentro del pensar que ha sido atravesado de parte a parte, definitivamente manifestado en su relación con lo encontrado y con su carácter miserable e imposibilitado de todo en su actitud pasiva frente a dicho encuentro y a dicho carácter.

Desde ahí sólo nos queda llegar al olvido del ser, al mantenimiento de la tensión con ese hecho que acaece, se oculta y culmina. El olvido del ser conduce a una experiencia presuntamente placentera, pero que colabora íntimamente con el carácter miserable y estéril de lo encontrado: flotar, inermes, inmóviles, sobre lo

---

<sup>14</sup> M. Heidegger, *Nietzsche*, Tomo 2. pag. 70.

<sup>15</sup> *Ibid.* pág. 71.

<sup>16</sup> *Ibid.* pág. 71.

profundo, sobre el espíritu ya olvidado del ser y sobre la negación de su conciencia. Algo parecido ocurre, sin duda, con la Muerte, porque la inmovilidad es un estado que se superpone a la propia experiencia de la Muerte y el abandono que ésta exige del ser, por más que no sea posible confirmar otra cosa que una apariencia de certeza. Tal como se pregunta nuestro Maestro fiel: ¿Cabe atender a la posibilidad de que todo sea falso? ¿Podría en el fondo no ser más que apariencia? <sup>17</sup>.

La única respuesta a la que podemos conceder confianza es aquella que nace desde la posibilidad de investigar acerca de la miseria de lo encontrado y observar así o no –manteniendo siempre la opción, la esencia de una facultad de elegir- el verdadero carácter de aquello que se encuentra. Pero no su carácter camuflado o disimulado, derivado de una tendencia impuesta, sino aquél desprovisto de toda máscara, llegado a su vacío primero. Y esa revelación posee en cualquier caso la capacidad de modificar también al observador e influir de manera decisiva sobre su percepción acerca de lo encontrado. El observador alcanza así un nuevo estado a partir del cual llegará hasta otros niveles más avanzados de análisis y podrá asomarse a ventanas diferentes de entre las que contemplan la realidad, adquiriendo informaciones originales y singulares que se integran mediante ese proceso en una cadena sin fin. El observar como acción y sobre todo su posibilidad, es decir, el hecho de que el observar pueda darse o no, modifica el proceso y se modifica a su vez a través de él. Y lo hace de manera distinta según se trate de formas dinámicas, en espera activa sobre la situación, de formas estáticas e incluso de formas intermedias que al interaccionar confieren el carácter y la condición que surgirá luego respecto a lo encontrado.

En todo ello cabe aceptar siempre la posibilidad de un engaño fundamental, por la participación de sentidos y de estructuras inclinados a interpretar de una manera *clasificadora* aquello que llega hasta ellos, ignorando lo que no llega como si no hubiera de contarse con eso. Lo sustancial en cualquier caso es, primero, la ocurrencia o la ausencia del observar, la interpretación de lo recibido y de lo no recibido y asimismo la manera en que esas interpretaciones al completo se integran llegado el caso en constructos simbólico-cognitivos cada vez más amplios y complejos, que siempre comprenden la posibilidad de que nunca se hubiera llegado a ellos como una alternativa posible y oponible. El no-ser se contrapone –y se opone- siempre al ser en tanto que posibilidad, debiendo poderse llevar tal circunstancia hasta la certidumbre. Hay, como afirma Heidegger, una *destitución de valores realizada por nosotros, que disponemos sobre su posición*<sup>18</sup>. Esta retirada de valores coincide punto por punto con los propósitos de quienes no desean poner de manifiesto la condición miserable de lo encontrado, aunque se les puede contrarrestar siempre restituyendo los valores retirados o cambiándolos por otros que en un momento *histórico* dado puedan parecer mejores o más adecuados simbólicamente y cognitivamente.

Pero este proceso de dar y quitar –o de retirar y restituir- fluye de una manera o de otra hacia una situación de mayor estabilidad, igual que un líquido fluiría a través de una comunicación desde el vaso colocado a mayor altura hasta el situado en un nivel más bajo. Es un problema de redistribución, de proporcionar un descanso al estado enfebrecido de las moléculas, que intercambian su energía calentando los recipientes de contención o el medio y disipándola de manera que sus uniones y combinaciones puedan llevarse a cabo de manera más tranquila, por así decir. En nuestro caso, el sentimiento de flotar sobre lo profundo al que antes hice mención, implica una situación con muchos puntos de contacto respecto a su homóloga referencia física.

Sin embargo aquí no actúan preferentemente las energías cinéticas o potenciales, sino la dinámica peculiar de las organizaciones complejas que implican –

---

<sup>17</sup> F. Nietzsche, *Voluntad de poderío*, o. cit. 301 (pág. 186).

<sup>18</sup> M. Heidegger, *Nietzsche*, o.c. pág. 71

en su manifestación- superar la polémica (algo parecido al enfebrecimiento molecular antes citado) o el enfrentamiento estimulado tal vez artificiosamente que se mantiene entre el Bien y el Mal y la asignación de lo encontrado a uno de esos dos campos pretendidamente antagónicos e inconciliables. Estamos experimentando un sentimiento que va unido, que es tan solo en razón de que *es añadido* a un campo de des-interés y de abandono de los principios de lucha y compromiso con la vida o con lo que ésta supone<sup>19</sup>. De lo que se trata es de arrimarse silenciosamente al estado de des-interés. Y para ello hay que desmontar primero cualquier iniciativa o sistema (sea automático o semi-automático, lanzado o influido a través de la voluntad: he ahí un caso clásico de *virtú*, que diría nuestro Maestro fiel) capaz de introducir distorsiones distintas de las autorizadas sobre el desarrollarse del mundo. O, tal vez mejor, de sugerir dudas sobre el plan de desarrollarse el mundo que se nos presenta como *realidad*.

Y así llegamos sin pretenderlo expresamente al gozo que deberíamos haber conquistado con audacia, compromiso y grandeza, pero que ahora no se nos da como hubiera sido de tomarlo saltando sin dudar sobre la oportunidad que nos concede el estado del mundo, o, cuando menos, su fantasmagoría o representación hiriente, sino como una simple mueca de sí mismo. Flotamos sobre lo profundo, pero sin el auténtico ser de nosotros. Se nos concede como un premio narcotizante que colabora –él y su disfrute engañoso, soez- en extender cada vez más, cada vez más lejos y más profundo el carácter miserable de lo encontrado.

Estamos, justamente, donde nos señala el dedo acusador de nuestro Maestro fiel: en una búsqueda perpetua del Mal y en un intento desesperado por mantenerlo separado del Bien, artificiosa e ideológicamente comprometida empresa y no por ello menos ilusoria que, al tiempo, supone también otra búsqueda incansable, estéril, del agente –o los agentes- del Mal y asimismo un empeño, forzado, presuroso, de su culpabilización. La huella *maligna* colocada por un fantasma en el suelo polvoriento de nuestro temor ancestral, justifica la eterna cacería del Réprobo y la permanente denuncia de su conspiración contra nosotros. Una vez más la rana ha sido coronada y los espíritus extraviados aplauden, tratando de encontrarse en la oscuridad.

La construcción del hombre bueno –llevada a cabo junto a la crucifixión representada en escenarios una y otra vez– o quizá la edificación paciente del alma buena en el marco del Espíritu del Mundo, supone cuando menos la renuncia a intervenir en la búsqueda y en la *re-velación* del auténtico carácter y condición de lo encontrado. Además, como la acción del individuo, o su influencia, son tan importantes cuando se ejercen sobre lo que éste observa, va a ser necesario modificar al sujeto que interviene con idéntica presión y profundidad, actuando sobre él y sobre su alma, condicionándolo sin demora frente a las fuerzas actuantes en el proceso. La actuación sobre el sujeto supone el descubrimiento de la auténtica cara –ya sin máscara- de la dicotomía fantasmática Mal – Bien, así como la manifestación de las verdaderas razones de un combate pretendidamente ancestral del que, en razón de su ocurrencial traslado al limbo, nadie puede dar cuenta exacta. La pretendida lucha entre Bien y Mal se reproduce por tanto en cada uno de los niveles de significación y tiende hacia el olvido del ser. Es *la lucha contra el absurdo de la moral* y contra el conglomerado simbólico-cognitivo unido al famoso dicho de Tertuliano: *credo quia absurdum est*<sup>20</sup>.

A medida que ascendemos por la escala de valores morales, tanto más falsos son los nombres de lo que consideramos como *digno de fe* y lo que esos nombres representan. Entre otros muchos, Dios, virtud, verdad, justicia...Así, *amor al prójimo* podría parecer más o menos falso que Dios. O la virtud, menos *verdadera* que la

---

<sup>19</sup> Véase en F. Nietzsche, *Voluntad de poderío*, o. c., (348, pág. 209): *...Niega la vida, concibe el bien como valor supremo que niega la vida.*

<sup>20</sup> Véase en F. Nietzsche, *Aurora*, Hachette, Paris, 2005. Avant-propos, 3, pág 7 y s.



propia verdad, o que la justicia, en ese universo gris y neblinoso de lo encontrado. La acción del sujeto aún modifica, pese a las prevenciones y a las fantasmagorías, el aspecto de lo observado, pero lo hace desde una posición vicaria en la que persiste esa vulnerabilidad no percibida –aunque si sufrida y padecida- del orden moral, del combate –alejado y proscrito en su auténtica condición- entre Bien y Mal.

Así, ¿con qué se halla relacionado el olvido del ser en el marco de la miseria de lo encontrado?

Con los espíritus *pequeños*, que acumulan obstáculos en el camino, como si ese fuera su único oficio digno de tal nombre o la postrera ocupación cabal de todo el resto de la humanidad sortearlos furiosamente. En su infatigable tarea, aumentan tanto el peso sobre la tabla que a duras penas nos sostiene, que el hundimiento será inevitable. Luego, llegará el turno de los profetas, que nos romperán los tímpanos augurando el acontecimiento desgraciado, el malestar inevitable y la pérdida segura, tan *certamente* pre-vistos dentro de la tienda del azar.

Con los moralistas, defensores y paladines de un orden que confiesan caduco, pero *necesario*. La *necesidad* es también una figura de naturaleza fantasmática que, en algunas ocasiones, se utiliza para que salven la cara ciertos señores del castillo o plaza fuerte de la moral, aun a costa de que todos tengamos que soportar sus pesados argumentos acerca de lo arbitrario que, en definitiva, es el mundo. Moralistas y espíritus pequeños emprenden siempre juntos el mismo viaje hacia la Nada y muestran sus etapas, sordas, mudas y ciegas, como las conquistas más notables del espíritu humano. Vienen a ser como una confirmación semi-viva de una realidad que lleva largos siglos muerta.

Con los fabricantes –o mercaderes- de ilusiones y sueños sobre *un mundo mejor*. Últimamente no parecen estar muy de moda, pero ese cachivache seudofilosófico suyo *de un mundo mejor* no ha perdido del todo su viejo encanto ni su carisma. Es la imagen que mejor representa la sombra proyectada encima de nosotros por lo miserable encontrado. Pocas cosas existen que, a estas alturas de la historia o de lo que de ella quede, engañen más y mejor o mejor turben los sueños que esa música ramplona y pegadiza de despertar la esperanza en un mundo mejor. Un mundo que nunca va a tomar el lugar del mundo existente.

Con la justicia y el sentido contenidos en la estructura del diseño del mundo. Esto demuestra cabalmente que dentro del infierno pueden existir infiernos todavía más profundos e ignorados, no concebidos para castigar –ninguno de los infiernos diseñados o imaginados hasta ahora tienen semejante propósito- sino cuidadosamente previstos para revelar, para mostrar la cara auténtica de los argumentos con los cuales pretendemos *defender la verdad*: La verdad no nos gusta. No amamos su cara triste y severa cubierta de heridas y de viejas señales. Pero tal vez sí seamos capaces de escuchar el susurro surgido de sus labios tumefactos: No existe tierra alguna del pan y del vino, ni en éste desierto, ni más allá de él. El Tu Debes es una propuesta miserable, sobre todo y muy especialmente, por las fallidas y siniestras esperanzas que despierta.

Despertar esperanzas y despertar miedos –esos miedos que nos acompañan desde los primeros años de nuestra existencia y que todo el mundo a nuestro alrededor considera como *una cosa normal*- ante las fantasmagorías que se presentan sin ser invitadas. Todo el miedo se manifiesta siempre en presencia de la verdad, aún como apariencia. Y la verdad no resiste, no soporta, la cruda opresión del orden moral. El edificio moral –ese que según algunos sectarios de ciertas divinidades nos distingue *tanto* de los animales- está levantado para aplastar y esconder la verdad, con miles de años de presencia y ostensión de la *verdad- fantasmagoría* y vicaria.

La no-conciencia de la condición miserable de lo encontrado y lo narcotizante de la sensación de *flotar sobre lo profundo*, nos preparan así a todos nosotros para llegar hasta la fuente misma de la cual nacen el miedo y el poder como voluntad.

### 3. El Poder, la Muerte, la Máscara y el mundo.

La voluntad de poder reduce al mundo a un estado cataléptico, en el que no se distingue horizonte alguno que no sea el horizonte del mundo de los Muertos. Porque, según Heidegger, con esa expresión se nombra siempre la *simplicidad inseparable de una esencia estructurada y única: la esencia del poder*<sup>21</sup> y en cuanto a la voluntad *prefiere querer la nada antes que no querer*<sup>22</sup>. En el mundo de los Muertos es en donde la esencia y el preferir pueden desarrollarse sin los impedimentos del orden moral, caminando sobre todo hacia la extrema simplicidad que es el diluirse, el desaparecer y escapar-de-si en que se resume la Muerte. El basamento simbólico del Poder y el abandonarse de la Muerte poseen una gran semejanza que va más allá del estricto aparejo simbólico-cognitivo. Porque desde la esencia del poder se contempla un paisaje muy parecido al que es posible observar desde los aledaños de la Muerte, antes de que, atravesando la Gran Frontera, se del último y definitivo paso.

En ambas circunstancias, una visión que se nos manifiesta es la que se subtiende desde el centro del Poder y desde el mundo de los Muertos hacia fuera de ellos. Es ésta la visión de los dioses y de los tiranos por un lado y la visión de los seres espirituales del Ultramundo (aparecidos, ancestros) por otro. De todo ello nos hablan las leyendas y las tradiciones de casi todas las culturas. Pero también en ambos casos existe otra visión: la que va hacia el Poder y hacia la Muerte desde los seres de nuestro mundo. Y de ésta última –de su condición habitual y corriente de fantasmagoría- es de la que hablaremos aquí.

De semejante visión se desprende una percepción de fortaleza y de soledad: los seres de nuestro mundo contemplan el diseño de Poder y Muerte como tremendas y aisladas estructuras que se alzan en medio del camino que dichos seres emprenden al nacer y por el que siguen siempre hasta su final. Esas sensaciones de “inconquistables” e “inaccesibles” que se presentan serán las que han de sugerir y mostrar al observador, si efectivamente ellas *son cómo son* y ofrecen el proyecto de ese ser, según lo que pretenden: frialdad, soledad, totalidad y voluntad.

La frialdad se equipara a la verdad expresada tal como ella se confía a los pensadores para que elijan el ser, es decir, el ser del ente<sup>23</sup>. De esa frialdad lo primero que se desprende es la claridad con la cual y en medio de la cual se expresa el carácter fundamental del ente que es la voluntad de poder. La frialdad puede llegar como una visión, o como un escalofrío antes de que nazca el sol, tal como sucede en Zarathustra cuando habla: *Oh cielo, puro, profundo, abismo de luz, observándote tiemblo con deseos divinos*<sup>24</sup>. Los deseos divinos tienden una mano con su estremecerse hacia la luz deslumbradora tras la que se esconde el Poder y junto a la que casi siempre también se desliza la Muerte, de tal manera que, quien ha visto la luz de la Muerte ya no desea ver otra luz.

La soledad aparece cuando se adquiere el saber que viene unido a la claridad y al estremecimiento que arropan al Poder y a la Muerte, siendo imposible compartir dicho saber. El conocimiento pleno se verá unido a la experiencia final y a su manifestación como cosa única de un repertorio desconocido hasta que llegue el momento. En esa esencia *más íntima* del ser de la que nuestro Maestro fiel nos da testimonio, va unido también el compromiso de su no transmisión a mentes, oídos, ojos, no dignos, es decir, incapaces de superarse a sí mismos en el desarrollo del ser,

---

<sup>21</sup> M. Heidegger, *La metafísica de Nietzsche*, Ed. Destino, Barcelona, 2000.

<sup>22</sup> F. Nietzsche, *Genealogía de la moral*, 3, nº1.

<sup>23</sup> M. Heidegger, o. cit.

<sup>24</sup> F. Nietzsche, *Ainsi parlait Zarathoustra*, Ed. Gallimard, 1971. pág. 190.

en el florecimiento de la vida<sup>25</sup>. En cuanto a la Muerte, muchos dicen de ella que llega en la soledad, que la compañía, la multitud, la rechaza y la ahuyenta, aunque bien puede haber muchas muertes simultáneas pese a todo, pero siempre asumidas en el fondo solitario y oscuro del ser.

La totalidad se une a la posibilidad de ejercer el poder que en ningún caso podrá ser parcial, escasa, ni dirigida hacia el interior del ser. Heidegger habla de ese empuje que caracteriza el momento en que el poder se coloca delante de su agente y se prepara para invadirlo por completo, sin dejar ningún resquicio libre, salvo el impuesto por la voluntad, que, como tal (querer, aspirar a algo) quizá no llene por entero el recipiente al que va destinada hasta el instante en que se consume el acto. En la Muerte se da asimismo esa circunstancia, puesto que nunca es parcial, ni paulatina, sino que como fenómeno ocurre en una dosis completa, súbita y aplastante. La Muerte se refiere a la totalidad e integridad de la vida, lo mismo que el Poder lo hace al dominio absoluto, del que ninguna parte puede hurtarse.

La voluntad se revela con la posibilidad, pero también con las otras tres magnitudes indicadas antes y cuando cada una de ellas esté dispuesta para realizarse plenamente. La voluntad, sin embargo, ha de sobreponerse a todas y dominarlas estrechamente, sin permitirles huida ni holgura en su accionar. En ella, mejor que en ninguna de las otras, pero, al mismo tiempo con su manifestación entera, se llama a la existencia del ente para que la realice aquél o aquellos a quienes le será exigido<sup>26</sup>.

Hay que decir que en el estado cataléptico en el que se desarrolla la visión que va hacia el Poder y hacia la Muerte desde los seres de nuestro mundo, domina también la Máscara, que al tiempo es ocultación del ser y simulación de un ser-fantasma que pretende colocarse en el lugar del ser ocultado. La Máscara rodea y absorbe al ser ocultado como lo haría un vampiro, apoderándose de él y proyectándolo luego a modo de ilusión a través de esos espacios vacíos que toda Máscara presenta.

Así, cuando la Máscara se inserta en el transcurrir de las cosas, quizá podamos saber casi de inmediato que se trata de una entidad fantasmática, aun cuando con dificultad vayan a reunirse las fuerzas necesarias para manifestar esa visión en su realidad y con su propia certidumbre, de manera que pronto se confundirá el ser mismo con la ilusión del ser que ha tomado su lugar entre nosotros.

Pero la Máscara tapa, oculta y esconde algo más. Su manifestarse es un testimonio de la ocultación-de-sí que vincula al Poder y a la Muerte. Ambos –Poder y Muerte- utilizan la máscara como *pseudo* (pseudo-ser, pseudo ejemplo-del-ser, pseudo-no-ser, pseudo-no-ser-más...). Todo lo resultante es así una ilusión de su eficacia, de lo que podría conseguir tal vez si se empleara a fondo en lugar de usar el engaño y la confirmación de lo falso. La necesidad de tal argucia es tan importante para el Poder y para la Muerte como lo es el desarrollo y la presencia de la Máscara en sí misma. Con ello, la claridad del mundo se transforma casi de inmediato en oscurecimiento del mundo, a través de ese carácter fundamental del ente que es la voluntad de poder.

La transformación ocurre, por tanto, a través del espejuelo y el truco de un juego de fantasmagorías. La necesidad de dominar el mundo se presenta y se traduce –mediante la Máscara- como voluntad de poder. En el juego y en la torsión dialéctica entre figuras –necesidad, voluntad- existe suficiente energía aprovechable –y diligentemente aprovechada- para obtener profundas modificaciones de la situación de partida.

---

<sup>25</sup> F. Nietzsche, *La voluntad de poderío*, 693. *Zarathustra*, capítulo “De la superación de sí mismo”

<sup>26</sup> M. Heidegger, *La metafísica de Nietzsche*, o.c.

Lo que se precisa para que todo lo expresado pueda presentarse ante nosotros en su manifestación esencial y ser así reconocido, es la conciencia. Es preciso medir muy bien el espacio que hay entre conciencia y espíritu, porque la Máscara dificultará esa percepción y esa singularidad. Así como la voluntad de poder es la esencia del poder mismo, es muy posible que la distancia o espacio que separa conciencia y espíritu determine la capacidad del ser para asumir sus compromisos con el mundo.

En nuestro esfuerzo cotidiano, permanente, tenemos necesidad de preguntar por el mecanismo interior de ese desarrollo y ver bajo las capas superpuestas de acuerdos y convenciones presentes en todo ello, poniendo de manifiesto la necesidad de expresarse ante el mundo conociendo al menos en una parte la explicación de la tarea del ser. Poder, Muerte y mundo se hallan vinculados por una cadena del acontecer en nuestro particular espacio-tiempo, sin que la pertinencia de tales sucesos se deduzca necesariamente ni de su ocurrencia ni de proyecto alguno que pretenda conducir hacia un fin, sea azaroso o pactado. Aun cuando todos esos eslabones del acontecer hayan de verse forzados a ello, obligados a mostrar un desarrollo, a simular un despeñarse o un desencadenarse frente a las fortalezas del Poder y de la Muerte.

¿Termina entonces la Máscara por ser el criterio de la verdad? ¿Qué fuerza sobre el pensamiento podría obligar a que ocurra algo así? Y, lo que quizá sea aún más grave ¿Qué nos impulsa a aceptarla y a venerarla sobre todas las demás cosas del mundo, de *nuestro* mundo?

Nuestro mundo, como afirma el Maestro fiel, únicamente espera encontrar culpables, es decir, *enmascarados*, desde el principio hasta el final más o menos odioso, más o menos aguardado, más o menos deseado y –oficialmente, según dicen– temido, rechazado, enviado más allá del límite que la propia Máscara representa.

Tal vez la Máscara está ahí precisamente para eso, para disfrazar nuestro temor al Final, para hacerlo más rentable o más placentero para esos Dueños Ignorados.

¿Cuáles son, pues, las cualidades de lo temido y, al tiempo, odiado? ¿Porqué esos objetos, personas, perspectivas, conceptos, que son motivo de doble sentimiento, despiertan en nosotros tanto terror y animadversión? ¿Quizá porque son en verdad caricaturas –o retratos fieles– de nuestra *cara desconocida*? *He aquí lo que llamo immaculado conocimiento de todo: no pedir a las cosas sino poder extenderse ante ellas como un espejo de innumerables ojos*<sup>27</sup>. En esos objetos, personas, perspectivas y conceptos, en todos y cada uno de ellos, se refleja nuestra propia condición paradójica y dual. No otra cosa. No los pequeños dioses mudos, ciegos y sordos. No odios brutales o compromisos con otras realidades. Los inciensos que dejan escapar los sectarios –y los sicarios– no llegan a ningún rostro airado o expectante, ávido de ofrendas. Nada hay más allá de nosotros mismos. Creámoslo por fin así y tal vez entonces nuestros días y sobre todo nuestras noches serán un poco más felices.

Sin embargo no hay que hacerse ilusiones. La Máscara terminará finalmente por transformarse en cara. Ésta desaparecerá, absorbida por aquella que toma su lugar, al igual que ciertas visiones del mundo extrañas a nosotros terminan siendo ciertas. El error sustituye a la posibilidad y la posibilidad es transformada en certidumbre y en miedo. Se trata de volver voluntariamente la miseria interior necesaria y regular en todos los seres humanos. Pero esa miseria debe permanecer secreta. Lo malvado en nosotros, ha de continuar siendo un misterio<sup>28</sup>.

En esta conspiración se unirán estrechamente, se aliarán sin reparo ni temor a lo que dirán las conveniencias, el Poder y la Muerte. Con tal coyunda se configura bien pronto una visión del mundo que ha de ser asumida sin discusión ni resistencia, como

---

<sup>27</sup> F. Nietzsche, *Ainsi parlait Zarathoustra*, De l'Immaculée connaissance, o.c. pág. 144,

<sup>28</sup> Ver F. Nietzsche, *Aurore*, o.c. nº 76, pág. 60.

algo *natural* y esa, no otra, será su ventaja: proporcionar una ilusión de acuerdo, de coincidencia, de fantasmal unidad de criterio. Pero, la condición auténtica de aquella unión sagrada –no en vano participan en ella los dioses y los hombres- ha de permanecer en zonas oscuras, ignorada, sepultada en la profundidad del ser. De vez en cuando se le concede a ese fantasma volver de las sombras a las que ha sido lanzado desde su nacimiento. Noche y Niebla. *Nacht und Nebel*. Ahora, con semejante etiqueta y con el siniestro horror que de ella se desprende, esto deja de ser una frase, un lugar más o menos común en nuestras mentes, algo escuchado en medio de una conversación o de un discurso, para convertirse en el fetiche-calavera del mundo.

En cualquier caso, la imagen el mundo (*weltanschauung*), por mucho que trate de exhibir su aspecto radiante, posee siempre un lado oscuro, la constancia de un secreto interpretada cada vez más como algo vergonzoso y que por ello merece de modo inapelable condena y sepulcro perpetuos y profundos. Por eso religiones y sociedades se apoyan sobre el secreto, el miedo y el misterio. El vínculo entre Poder y Muerte, sus consecuencias y resultados para nosotros, serían así el Grial que nos aguarda en el extremo del camino y al que nos vemos obligados a llegar en una búsqueda sin descanso. Acabar para comenzar de nuevo. Morir para vivir. ¿Cómo podremos permanecer en la cercanía de este pensamiento? *El pensamiento del eterno retorno de lo mismo es puesto ahora en conexión con el ámbito del tiempo y la eternidad*<sup>29</sup>.

La configuración del mundo por el Poder y la Muerte se torna, se desarrolla, se percibe como una lucha. No se trata de la recepción de aquello que el mundo nos envía, elaborado a través de un proceso propio de cada uno, sino de un asalto mediático, propagandístico, masivo, *técnico*, a través del cual la *weltanschauung* Poder-Muerte se impone aplastando y recubriendo toda disidencia: hay que obedecer las instrucciones, hay que cumplir las órdenes, hay que aceptar las costumbres y los usos comunes por absurdos que parezcan. Y, particularmente, no debe haber enfrentamientos ni resistencias a propagandas y adoctrinamientos.

El Poder y la Muerte son excluyentes y celosos como los viejos dioses. No permiten competencias. Sus conocimientos más secretos, compartidos hasta cierto punto por alguna elite, nunca enseñados, sino impuestos. Jamás sobrevenidos en utilidad o confirmación, sino aparecidos y prestos a ser adorados. La Máscara, ya como cara *verdadera*, reduce esas vibraciones esotéricas que llegan hasta nosotros; por tanto no hay que desdeñar su papel protector. Pero su papel principal seguirá siendo el de transductor simbólico. Así, el ocultamiento será necesario y con ello se provocará también de forma inevitable la proliferación de los símbolos que la Máscara trata de conducir y guiar hacia el universo de la interpretación.

Todo ello tiene que ser asumido, internalizado y aceptado. Esto es: Sin el Poder no sería posible la convivencia. Sin la Moral no sería posible distinguir entre Bien y Mal. Sin la Muerte no sería posible la vida. El Poder se ejerce completamente, buscando la sumisión. Sin el ejercicio pleno, no sería Poder. La Muerte adquiere sentido cuando se Vive, cuando se culmina. No es posible una Muerte que pudiera interrumpirse, aplazarse, realizarse sólo en parte. Tampoco es posible un Poder así.

No resulta entonces ni demasiado sorprendente, ni mucho menos inesperada, la alianza entre el Poder y la Religión, ese mundo de los pequeños dioses contruidos a imagen y semejanza nuestra. Será necesario observar cuanto de la Muerte llevan en sí los agentes del Poder y los pequeños dioses para entender bien su extensión y su intención, es decir, el proyecto que presentan ante nosotros, cuáles son sus pretensiones y hasta qué punto ellas son únicas, extraordinarias y necesarias en el plano general de actuación.

---

<sup>29</sup> M. Heidegger, *Nietzsche*, o.c. Tomo 1, pág. 241.

Aquí, en ese plano, la necesidad puede cambiar su connotación justificativa por una denotación explicativa con una gran facilidad. Además de ello, el propio y general concepto de *necesidad* puede también aplicarse mejor denotativa que connotativamente: Poder y Muerte son necesarios...para el beneficio común y para la satisfacción colectiva. Desde luego, la explicación de la necesidad se mantiene en el nivel estrictamente práctico. Jamás alcanzará las profundidades argumentales necesarias para que se muestre el auténtico propósito: el de perpetuarse, ocultos y enmascarados. Una vez más nos encontramos ante la transformación *necesaria* ocurrida en una fuente de miseria interior, que luego puede ser distribuida abundantemente hacia lo externo.

La ocultación redundante entonces en una transformación: ocultar sensaciones necesarias y regulares se convierte al fin en una modificación sustancial de esas sensaciones, las cuales pasan, a su vez, a desempeñar un papel no exento de importancia como fuente de culpabilidades e impulsos inquisitoriales en busca de culpables. Es una etapa que coincide con la del desarrollo del proceso de separación entre Bien y Mal y con la asignación –que siempre suele ser o bien puntual o bien demasiado genérica- de la condición de malignidad. La ocultación del Poder y la Muerte termina, de una manera o de otra, en la adjudicación festiva, ceremonial, participativa, de roles expiatorios<sup>30</sup>. Cuanto más se avance por ese camino tortuoso, con mayor facilidad se llegará a lo asumido como natural, a lo aceptado sin discusión y a lo ficticio que siempre espera colocarse en el lugar del ser.

#### 4. El llegar a permanecer y la visión *otra*.

*La Palabra viene al ser como diálogo. Y este su modo de venir al ser no es uno de tantos...*<sup>31</sup>. Pero la Palabra es, asimismo, una condición de permanencia, de vinculación al mundo –cuando menos y según cada Palabra, a un mundo en el que moran los seres, *ciertos* seres y no otros- y también es una forma que reviste la mirada ante múltiples testimonios que acompañan a todo ese acontecer. Palabra y mirada fundamentan el sentido del mundo llegado tal vez a cosmos con el auxilio poderoso del mito.

La mirada *otra* –igual que la palabra *otra*- es antes que nada una ventana abierta frente a una realidad que acaba de adquirir presencia, entorno, manifestación con el concurso de posibilidades todavía no nombradas. Es por tanto y por ello, una visión. Pero no se mira sin ver y tal vez no se mira si ya antes no se ha visto. En cualquier caso, con la mirada *otra* se contempla las cosas y acontecimientos de un mundo singular, coincidente quizás en el tiempo –en el instante- pero no en el *lugar-espacio* respecto a nuestro mundo de todos los días. De manera que cuanto más distante y fija en el vacío aparezca esa mirada *otra* –cuanto más fría se muestre en relación con las coordenadas activas del acontecer puntual- mayor será la implicación del agente portador de ella en la realidad hacia la cual se proyectan sus intenciones, sus deseos o simplemente su presente vivencial.

¿Puede ser, en verdad, la mirada *otra*, una visión alternativa, susceptible de resultar elegida, es decir, una posibilidad ante la que cualquiera de nosotros nos sentimos facultados y preparados para tomar una decisión? Porque el peso de la visión cotidiana suele comprometer ya por ella misma una gran parte de nuestros recursos. No se trata sólo de analizar paquetes más o menos compactos de

---

<sup>30</sup> Según el camino y procedimiento explicados por René Girard en *La violence et le sacré*.

<sup>31</sup> M. Heidegger, *Hölderlin y la esencia de la poesía*. Editorial Anthropos, Barcelona 1989. pág. 26.

información, sino de integrarla luego –una vez haya sido interpretada- en modelos cognitivos y en sistemas. Eso consume mucha energía, alguna de la cual será devorada por el *Sonnenrad* que está allá afuera, aguardando. En la mirada alternativa (*otra*), se libera una gran porción de esa energía –incluyendo la que pertenecería *por derecho* al Sol Negro- que rompe sus ataduras y compromisos diluyéndose en esa entidad que, poco a poco, se va constituyendo ante nosotros, más allá del territorio fronterizo hacia el que tiende nuestro ser de la mirada *otra* y en el que éste se recrea desde mucho antes, pero también mucho después del previsible final de todo.

Sabemos que la fisiología de la mirada no puede explicar demasiado en la línea de aquello que se pretende conocer sobre ella, de lo que se da por seguro o de lo que suelen confirmar sabiduría y experiencia. Las farsas con las que nos dotamos ante el acontecer no sirven de mucho ante la decidida ausencia –o tal vez ante el olvido- del ser. Por eso, es necesario que descendamos al terreno más próximo en el que sea posible una respuesta respecto al llegar a permanecer de ciertos espíritus.

Así, ¿cómo se llega a permanecer de la manera en que ocurrieron las experiencias de Hölderlin y de Nietzsche? Ambos pudieron volar en ciertos momentos a la misma altura que los espíritus más arriesgados de entre los que pueblan algunas épocas del mundo. Lo mismo que en su momento hicieron muchos de aquellos, ambos atravesaron alguna puerta ignorada, saliendo primero desde sí hacia el espacio-tiempo que rodea al ser o en el cual el ser está comprendido y es aceptado. Luego, abandonando el ser. Pero no en direcciones pactadas, asumidas previamente en planes de vida o proyectos en los que se encuadren y comprendan sensaciones convenidas o esperadas, sino realizando un quiebro frente a cualquier prestigio, ante toda autoridad y dominio, tanto de la vida como de la muerte. Nada hay más allá, pero más allá es posible todo, hasta lo imposible.

Permanecer, como lo hicieron ellos en unos momentos precisos de su curso vivencial, no es estar todo igual y ser mantenidos –por ellos mismos o por otros- en una continuidad, sino precisamente lo contrario. Permanecer contra el río que fluye es ser ese mismo río pero en un estado diferente –en uno de los “n” posibles- siendo contra lo que el ser es, marchando contra la dinámica que nos lleva y nos arrastra. Permanecer es una batalla terrible contra aquello a lo que se llama y se nombra –o que se llamó y nombró en tiempos, pero ahora ya está fuera del alcance de ese poder evocar- es decir, contra lo que nos lleva en su corriente, en su fluir. Permanecer es encontrarnos un poco más próximos al cauce, ser casi él mismo, convertirnos en continente, en lo que aguanta y soporta dicho fluir. Se trata, así, de ser frente al ser de otros.

Sin embargo, el aspecto más ordinario y corriente del permanecer es parecer de todo punto estático e inmóvil, pleno de una misteriosa calma, de un agradecido pero siempre mal comprendido silencio. Porque no es silencio, sino un terrible gritar desde el sí apartado. Asimismo, para los demás de fuera, permanecer es introducirse en una sombra, en un abismo oscuro donde se encuentra atrapado quien allí cae. Aunque para el sujeto del permanecer no sea así, sino penetrar en una dimensión alternativa cuya puerta se presentó de repente, en el camino. Allí se dan a conocer muchas respuestas a interrogantes planteados a lo largo de toda una vida. Quizá esos mismos interrogantes, esas preguntas impulsadas durante años hacia el universo frío y distante, han hecho surgir la entrada, que no hubiera aparecido sin ellas o sin el añadido de otros interrogantes nuevos y decisivos para tal fin.

Desde los ojos aparentemente sin calor de quienes participan de la visión *otra* –por ejemplo, Nietzsche en Weimar- la discusión y los intentos de discernir sobre el Conocimiento pueden resultar absurdos, pues es muy posible que, con esa mirada, alcancen en su plenitud la extensión de todo ello y sobrepasen las fronteras más allá –o más acá- de las cuales, se desbordan por igual el saber y la ignorancia. Esa mirada *sin ver* –temeridad y locura es, quizá, denominarla así- de quienes permanecen, es

como un faro alumbrando en un vacío en cuyo fondo se mueven formas ignoradas para nosotros, aunque no para ellos. O como un hilo que se pierde en la oscuridad pero a través del cual se pueden percibir las vibraciones de lo inimaginable. Oscuridad y claridad son aquí metáforas para los que ya se han ido, aunque permanezcan ante sí como centinelas congelados.

Es posible que, en determinadas circunstancias, haya que desarrollar en lo que corresponde el acontecimiento de permanecer con la mirada *sin ver*, valorándolo como una actitud tomada, a veces, por el propio actor ante acontecimientos o hechos que golpean. Es una actitud, entonces, que puede sorprender a los no iniciados –ya que siempre se alcanza o se toma como resultado de una larga y notable práctica esotérica- o frente a quienes buscan alguna respuesta que no encuentran ante sí. Porque la mirada *sin ver* parece, no la mirada del que no halla la respuesta que busca, sino precisamente la de quien recibe más respuestas de las esperadas a éste lado del espejo, o de quien recibe una respuesta que lo colma hasta un grado tan alto que ya no precisa demandar más. En éste caso, él ha encontrado su Grial, su razón primera, la información que hace posible existir antes de preguntar por las razones del existir. Es como llegar al fondo del Laberinto, a su reducto secreto y guardado de toda mirada, para ver que allí se protege la Primera Razón por cuyo impulso había comenzado el peligroso viaje. Huir en lo oscuro y sorprender con ello el aroma luminoso de las tinieblas:

*El alma que aquí abajo fue frustrada/ no hallará reposo, ni en el Orco,  
Pero si logro plasmar lo más querido/ y sacro entre todo, la poesía,  
Entonces sonreiré satisfecho a las feroces/ sombras, aunque debiera dejar/ en  
el umbral mi Voz. Un solo día/ habré vivido como los dioses  
Y eso basta<sup>32</sup>.*

Buscar respuestas, encontrarlas, recibirlas sean cuales fueren las consecuencias de esa *Grand Queste* tiene mucho que ver, por tanto, con la actitud de llegar a permanecer figurada como un abandono y también dibujada como la sublimación de una voluntad de poder. Es un estado al que es posible llegar de manera imprevista, al igual que le ocurre al caminante de alta montaña cuando se abre la niebla que lo aísla de su entorno y éste le muestra entonces aquello que desea encontrar, tal vez una imagen de sí mismo que no esperaba recuperar nunca. Pero todo ello no sucede por errores o por extravíos en la trayectoria ni tampoco por causas atribuibles a la intención o propósito del caminante, sino más bien como ocurriría con la superación inadvertida y feliz de una dolorosa prueba. Una prueba que resulta de la contradicción que toda esencia ha de resolver para verse realizada y en la que la voluntad de poder existe ya plenamente *como eterno retorno de lo mismo*<sup>33</sup>.

Pero ello no siempre cristaliza. Han de reunirse unas condiciones de maduración en el acontecer vivencial y tal vez también en el propio interior del observador, que debe llegar hasta ese momento crucial como si hubiera culminado un largo y penoso trayecto iniciático, pues eso y no otra cosa viene a ser su experiencia de hacerse presente en ese ámbito que, pese a lo que pueda parecer a los que se mantienen al margen, es si duda lo más vivo de su existencia, ya que ahí mismo habrá culminado la esencia del ser –como ser del inicio- tras haber sido pensado. Ese y no otro es el secreto de *Laberyntos*. Pero no se entabla entonces batalla a causa del

---

<sup>32</sup> [Die Seele, der im Leben ihr göttlich Recht/ Nicht ward, sie ruht auch drunten im Orkus nicht;/ Doch ist mir einst das Heil'ge, das am/ Herzen mir liegt, das Gedicht, gelungen, // Willkommen dann, o Stille des Schattenwelt! / Zufrieden bin ich, wenn auch mein Saitenspiel/ Mich nicht hinabgeleitet; *Einmal*/ Lebt'ich, wie Götter, und meht bedarf's nicht.] F.Hörderlin, *A las Parcas* ( An die Parzen). Poesía Completa. Traducción: Federico Gorbea. Ediciones 29. Barcelona, 1995. pág. 106-107.

<sup>33</sup> M. Heidegger, *Nietzsche*, o.c. Tomo 1, pág. 31.



carácter miserable de lo encontrado ya que el secreto se muestra solo, sin que desde el afectado exista la posibilidad de planteamiento y descripción, ni tampoco la de enfrentarse con aquello que, desde allí, podría hacerse saber. En cualquier caso, de este proceso parece estar excluido el participar o el tomar opinión y lo que resulta es una actitud pasiva frente al carácter de lo encontrado.

En cuanto a las condiciones necesarias para llegar a permanecer, tomando esto como una expresión de la voluntad de poder, requieren al menos unas determinadas circunstancias de maduración y de llegar al ser, es decir, de llegar al ente en su totalidad<sup>34</sup>. Una de tales circunstancias puede ser la evocada por cierta especial ausencia de sí y el aparente abandono que encubren realmente gigantescas y muy activas fuerzas interiores de actuación sobre todos y cada uno de los ámbitos del ser. El llegar a permanecer se ejerce así como una voluntad de permanecer en dicho estado aparentemente cerrado y vacío para las manifestaciones externas de aquella voluntad, aunque no para el ejercitarse interior de ella.

Explorando esas circunstancias tan particulares, es preciso realizar serios y permanentes esfuerzos para llegar más allá y al otro lado de la apariencia y de la expresión pública de las intenciones, caminando hasta la última frontera de lo que es decible e imaginable y arribando así al país secreto y escondido de lo indecible y lo no imaginado. Otra cosa es que en los sueños que nos muestran ese país o territorio sea posible percibir –o no– la totalidad del mundo, junto con pensamientos, proyectos, deseos, pulsiones de uno u otro origen o revelaciones de origen decididamente incierto y sin determinar.

Quienes están ante nosotros en el llegar a permanecer no muestran fisura alguna por la que sea posible llegar hasta un punto desde el cual tomar referencias o medidas hacia el entender de esa situación. Ellos habitan ahora en un plano bien separado del nuestro, aun cuando físicamente se hallen al lado, en el lugar más inmediato. Pero otra cosa bien distinta serán sus caminos y sus esperanzas puestas en el acontecer de un mundo nuevo y de un nuevo esperar a la totalidad. Por ello, tendríamos que preguntar-nos ¿Cómo se ingenia quien desemboca en el llegar a permanecer con los ritos necesarios para continuar con el desenvolvimiento del ser? Suponiendo, desde luego, que las relaciones con los otros no se basen en la ininteligibilidad. En tal sentido, cabría interpretar la importancia que cobra el desarrollo de sistemas relacionales que reposan o se soportan sobre la ininteligibilidad, es decir, sobre todo lo asombroso, lo incomunicable, lo desconocido sin posibilidad de conocerse o conocer-lo, lo extraño o lo simplemente extravagante, heterodoxo y repudiado.

¿Cómo sería un mundo –o la cosmovisión que lo reflejase– amparado, asentado sobre este tipo de relaciones? ¿No calificaríamos tal vez un mundo así de universo maligno, quizá como una monstruosidad afortunadamente perdida, sin posibilidad de que llegue hasta nosotros? Y ¿cómo nos calificarían a *nosotros*, vistos desde un universo semejante? Téngase en cuenta que, según dice nuestro Maestro fiel, *el mundo, abstracción hecha de nuestra condición de habitantes del mundo; el mundo que hemos ceñido a nuestro ser, a nuestra lógica y a nuestros prejuicios psicológicos, no existe como mundo en sí: es esencialmente un mundo de relaciones; mirado desde puntos distintos toma cada vez un nuevo cariz; su ser es esencialmente distinto desde cada punto...*<sup>35</sup>.

Mas allá de tales especulaciones o quizá, precisamente, porque dichas especulaciones son posibles y en cuanto a lo que correspondería llevar a cabo al que desemboca en el llegar a permanecer, diremos que primero sería necesario que

<sup>34</sup> Como se plantea Heidegger respecto a la doctrina nietzscheana del eterno retorno de lo mismo y sobre si esta teoría se refiere a la totalidad del mundo. Ver M. Heidegger, *Nietzsche*, o.c., Tomo 1. pág. 299.

<sup>35</sup> F. Nietzsche, *Voluntad de poderío*, o.c., nº 560, pág. 316.

permita un descenso en el nivel de exigencia mantenido para las relaciones que puedan establecerse respecto al conjunto de los seres y respecto al medio en el que – o sobre el qué- se desarrolla la existencia. Cualquier relación tiene posibilidad de atravesar los filtros y las barreras de la conciencia y también la de instalarse provisional o definitivamente en casi cualquier nivel de conciencia.

En segundo lugar, hay que abrir cauces al conocimiento y a la expresividad que sean distintos a los habituales. Pese a las aparentes atonía e inmovilidad anímica de quien desemboca en el llegar a permanecer, éste se encuentra inmerso en un estado en el que se desencadenan dosis muy elevadas de energía. Las distintas vías de transmisión y de distribución de esa energía han de encontrarse en la mejor disposición posible.

En tercer lugar, dado que existe una gran limitación en el comunicar las experiencias obtenidas a partir del nuevo estado, será necesario habilitar dispositivos o sistemas –materiales o inmateriales- tanto como conseguir una renovación del contenido simbólico de antiguos sistemas de comunicación, proporcionando otros contenidos a los mismos.

En cuarto lugar (y esto ya corresponde al orden interno del sujeto que llega al permanecer) conviene elaborar algún proceso nuevo para conseguir un desarrollo del ser, por más que, muchas veces, ese novedoso desarrollo del ser aparezca como algo detenido o colapsado a los que observan desde fuera.

En cualquier caso, el desarrollo del ser no conoce detenciones ni retrasos. Cuando parece haberlos, se trata en realidad más bien de interpretaciones del observador antes que de fenómenos propios del acontecimiento, porque aquél desarrollo puede estarse llevando a cabo en un plano o dimensión diferente del habitual y llegar hasta los testigos mediante signos característicos o peculiares que no resulten adecuadamente identificados o que lo sean erróneamente. Es necesario contar también con las implicaciones que se derivan de las relaciones mantenidas entre el sujeto que llega al permanecer y el resto de los seres implicados en el proceso existencial. Desde tal perspectiva, habría que asentar dichas relaciones en un proceso dinámico originalmente concebido y hasta ese momento, todavía no expresado.

Ello supone conceder un marco nuevo de valores, los cuales son, a la vez, resultado de la transvaloración llevada a cabo con intensidad, firmeza y determinación sobre los valores anteriores y laboratorio en el que se conseguirán nuevos valores, sobre los que se ejercerá asimismo una transvaloración.

Quien ha llegado al permanecer es, al mismo tiempo, un testigo y un agente activo de ese nuevo estado. Ambos planos o dimensiones –testigos y agente activo- no se pueden concebir por separado o actuando independientemente, sino haciéndolo a través de mecanismos de retroalimentación simbólico-cognitiva. La transvaloración de todos los valores es uno de los impulsores y potenciadores de ese estado de llegar a permanecer que, a su través, alcanza su dimensión cósmica y ordenadora por excelencia. Sea ello cierto, o no, creemos firmemente que no podemos ser ni reconfortantes ni seguros, ni para nosotros ni para nuestros semejantes, a menos que *aprendamos el arte de los Olímpicos*, pretendiendo dejarnos edificar por la desgracia humana antes que ser nosotros mismos desdichados. Tendríamos, así, que mirar hacia la lejanía, por encima de los dioses y de los hombres<sup>36</sup>.

---

<sup>36</sup> F. Nietzsche, *Aurora*, o.c. nº 144, pág. 117.

## 5. Desencantarse del mundo: Nietzsche y Heidegger.

La imagen que tenemos del mundo está formada por una continua expresión debida al presentarse ante él, producida también por el hecho de tomar medidas frente a su presencia y por la circunstancia, siempre añadida pero indispensable, derivada de los planes que sobre él –es decir, sobre el mundo- se articulan constantemente. Podría decirse que los seres humanos son por ello en alguna manera la consecuencia de todas aquellas condiciones que, al mismo tiempo, vienen a ser a su vez el fundamento de una concreta manera de permanecer en el mundo y de interactuar con él.

El desencantarse del mundo surge más que nada a causa de un choque de dicho permanecer frente a las concepciones y a la manera en las que el mundo aparece ante nosotros en un instante histórico dado. Pero eso ocurre no sólo porque el permanecer, las concepciones y la manera en que el mundo aparece o se muestra sean diferentes entre sí, o incluso antagónicas, sino porque la vinculación o relación entre todas esas circunstancias y manifestaciones actúa en un campo de formas del expresar y del sentir la expresión que deforma todo lo que se encuentra próximo a su zona de influencia y lo deforma tanto más cuanto mayor sea la penetración o la implicación en él de todas aquellas circunstancias antedichas<sup>37</sup>.

Estamos sintiendo, por tanto, la presión que sobre las cosas se ejerce por parte de aquellos que se hallan *frente* a nosotros en un decir, en un hacer, en un sentir o en un representar-se. Eso, de alguna manera, intranquiliza y conmueve nuestro ser e impulsa la misma esperanza de que él llegue a poder expresarse tal como es, como ha llegado a ser, como aparece o le han permitido –las posibilidades, el ambiente...- ser.

El desencantarse del mundo llega asimismo mediante la confrontación que el mundo dirige contra nuestra esfera, imagen y reductos interiores. Tiene mucho que ver, por tanto, con la idea de verdad y también con la idea de verdad acerca del mundo. En realidad, no deseamos que nuestra idea sobre el mundo sea completamente descubierta y puesta –digamos- a la luz. Tampoco deseamos que dicha idea se vea liberada de sus contradicciones, es decir, emigrada hacia un nivel cualitativamente mejorado del discurso acerca del mundo o de su presentación. Una parte importante de nosotros mismos se desarrolla al tiempo que lo hace en toda su complejidad la idea de verdad en relación con lo que, en ella, en la idea, hay de comunicable entre individuo y grupo. El desencantarse del mundo participa mucho del *des-encontrarse* con la idea de verdad del mundo, es decir, con la expresión frente a los demás del desencuentro entre las ideas de verdad –grupales, individuales- del mundo.

Hay que considerar, no obstante, la manera en que, vinculada al proceso de desencantarse del mundo, cambia, se acepta o se rechaza la idea misma de verdad a través de los grupos sociales y de la interacción de éstos con el mundo. El *aceptar* o *rechazar* respecto a la idea de verdad ocurre por ser algo adorado y reverenciado, por hallarse colocada –la verdad, absoluta o no- en el altar de la historia de un momento espacio-temporal concreto y considerar que esa estancia coyuntural y limitada en el altar de lo divino y sagrado es permanente, *natural* e inmutable. La *santidad* de ese fetiche no puede ser puesta en cuestión, ni siquiera concebida como sujeto de alternativa o de cambio. De tal manera, la verdad pasa a convertirse ella misma en un mundo –el mundo de lo verdadero- enfrentado a otro mundo –el mundo de lo no-verdadero- y del juego irresoluto entre ambos, surge el desencantarse del mundo. El

---

<sup>37</sup> En este sentido hablamos de “campo” como una zona perturbada del continuum espacio-temporal, cuyas peculiaridades se manifiestan cuando algo se introduce en su ámbito de influencia.

mundo de lo *verdadero* pasa así a convertirse en el mundo de los *desencantados del mundo*.

En *Caminos del bosque*, Heidegger dice que *en la metafísica se lleva a cabo la meditación sobre la esencia de lo ente así como una decisión sobre la esencia de la verdad*<sup>38</sup>. La verdad y su influjo sobre el mundo de espejos que se observan mutuamente a través de una superficie de significación no contribuyen a la claridad de los supuestos que allí, en esa zona liminal, transcurren entre ambos mundos. Una gran parte de la estructura de semejante sistema de significados solamente se establecerá cuando los individuos y los grupos –a través de sus relaciones y de los sistemas simbólico-cognitivos que de dichas relaciones se desprendan- les proporcionen un aliento de vida más o menos definitivo.

Para entender el proceso, Heidegger presenta los fenómenos esenciales de la edad moderna: la ciencia y la técnica mecanizada, la introducción del arte en lo estético, el obrar humano que se interpreta como cultura y la pérdida de dioses o desdivinación. Si pretendemos justificar el desencantarse del mundo deberemos asentarlos sobre el juego de estos fenómenos, preguntando acerca del significado de todos y cada uno de ellos y sus consecuentes implicaciones. De aquí obtendremos también alguna referencia funcionante, alguna explicación acerca de la *imagen del mundo*. Pero ha de ser, necesariamente una imagen histórica (*naturaleza e historia y su mutua y recíproca penetración y superación*<sup>39</sup>) en la que se apoye, en cualquier caso, el fundamento del mundo.

El desencantarse del mundo combina por tanto distintos tipos de apoyo en lo que denominamos *realidad*, sea cual fuera ésta en cada momento histórico y para cada grupo social humano. Resulta del juego de factores singulares, los cuales, a su vez, escalan o descienden en importancia y en consideración. Y no parecen ser demasiado perdurables, ya que con una cierta facilidad pueden ser alterados o modificados en su carácter o en su consideración, si bien es cierto que persisten, aunque sea en un ordenamiento diferente y con influencias también distintas. Si para Heidegger, la comprensión del concepto del mundo debe permanecer incluida dentro de la pregunta fundamental por el sentido del ser, el mundo mismo parece señalar sus propias reglas de juego matizando y cambiando –en el ámbito gobernado por la historia- el ordenamiento y las relaciones que se estructuran en su interior. De modo que cuando hablamos de *imagen del mundo*, habremos de referirnos a algo que es más que un simple cuadro o mapa para entender el mundo. Nosotros mismos formamos parte de ese cuadro o mapa, nos volcamos en él y nos fundimos sobre él, para que ello se *aparezca ante nosotros*, precisamente *tal como está respecto a nosotros*<sup>40</sup>.

En el desencantarse del mundo, el mundo habrá de permanecer por sí mismo ante nosotros, para que sea factible llegar a un acuerdo acerca de la situación que se desarrolla en ese proceso. Los vínculos que cada uno de nosotros y todos juntos al mismo tiempo mantenemos con respecto al mundo, nos imponen esa coordinación activa y singular que afecta desde lo más íntimo de la esfera que nos envuelve, hasta lo más alejado del cosmos organizado humanamente. Así es como aparece ante nosotros en su sentido y en ello se hace posible fundamentar la justificación de lo que llevamos a cabo ante el desencantarse del mundo.

El que ello sea una expresión, es decir, el resultado de dar a conocer mediante signos y gestos provistos de significado un estado *interior* de ánimo, de opinión y de reacción ante las cosas, no es menos importante para comprender cuales sean, tanto

---

<sup>38</sup> M. Heidegger, “La época de la imagen del mundo”. En *Caminos del bosque*, Madrid, Alianza, 1996.

<sup>39</sup> M. Heidegger, *Caminos del bosque*, o.c.

<sup>40</sup> *Ibid.*

el estado en que se encuentra quien expresa, como el grado o nivel de atención y de implicación o co-responsabilidad exhibido por el que recibe –o los que reciben- aquella expresión. Nada puede haber que disculpe de dicho compromiso dentro del ámbito o campo de acción del ser y de la verdad, aun cuando ese gesto pueda llevarnos mucho más lejos de lo que en un principio pretendimos mientras realizábamos nuestros intentos para establecer de una manera fiable la imagen del mundo. El carácter de la expresión nos lleva de nuevo al principio de nuestro pensar en el mundo y al comienzo de las relaciones que necesariamente hemos de mantener con quienes aparecen como desencantados de él.

¿Qué encontramos en ese viaje de ida y vuelta a las regiones más comprometidas del ser con respecto a lo que éste, en su desarrollo, pretende obtener dentro de su ámbito? Tal vez, sobriedad y garantía de algo que no suele llegar tan rápido en una relación normal. Sobriedad, porque el proceso se desarrolla comprometiendo únicamente los recursos más elementales de entre los que conforman la expresión: locución y escucha. Garantía, prestada acerca de la fiabilidad del compromiso que tomamos, un compromiso estrecho, capaz de gobernar lo nimio y de responder ante lo inimaginable que respecto al actuar del ser pueda llegar.

Pero la *santidad* del fetiche frente al que se expresa el desencantarse del mundo no se desvanece con simples tácticas de flanqueo ejercidas sobre el motivar profundo del ser. No sólo perdura ante los asaltos de sus antagonistas sino que, además, acaba fortaleciéndose con ellos. ¿En qué consiste ese fortalecer-se del fetiche al que atañe la representación de la santidad del mundo? ¿Por qué las contradicciones van a hacerlo más fuerte?

Cuando arrojamos de nosotros la expresión –sea la de desencantarse del mundo u otra cualquiera relacionada, para este caso es lo mismo- el proceso de *arrojar* comienza a desarrollarse contra la santidad o contra lo reverenciado que vienen del aceptar o rechazar que se manifiestan frente a la idea de verdad. Para medir el fortalecer-se del fetiche respecto a la santidad del mundo, será necesario que comencemos a medir también casi inmediatamente el equilibrio que con tales valores se mantiene por parte del Gran Egoísmo. Se trata, precisamente, de ese Gran Egoísmo del que habla nuestro Maestro fiel, cuando estudia frente a todo aquél que quiera escucharlo y recrearse con sus dichos: *¡Salvación o condenación! ¡La salvación de las almas inmortales! ... De esas almas absurdamente importantes, poseídas de una espantosa angustia sobre su destino...*<sup>41</sup>. Estamos aquí, desde luego, ante una enorme perversión: aquella que coloca la salvación de un *alma buena* –puesto que se supone que las *almas malas* no se salvarán, si no, a mayores, ¡qué nueva, grande y absurda injusticia!- por encima de cualesquiera conclusiones que pretendieran presentarnos quienes aparecen o se expresan como desencantados del mundo. Nada hay que pueda justificar tan terrible *igualdad*, caricaturizada sobre el tipo ideal que se nos propone en el edificio moral cristiano. Y es aquí cuando los asaltos y los embates dirigidos contra tan rematada injusticia, desarrollan su energía. Y es aquí también cuando dicha energía es absorbida, recogida y succionada por ese vampiro que es el orden constituido sobre la aproximación al tipo ideal del orden moral. Arbitrario, falso, etéreo, sí. Pero con un destino establecido frente a toda resistencia. Aquí la resistencia engorda al enemigo que resiste, diría yo.

¿Por qué, además, las contradicciones? Por la sencilla razón de que en medio de la presentación locuaz, propagandística y falseadora, del orden moral, se ocultan –transparentes, invisibles- formas de culto a las que, generalmente, no se concede demasiada atención y que remiten a la *Naturaleza* la última justificación de sus cuidados. En esas formas de culto va implícito lo que se presenta ante nosotros como verdadero y también su forma o noción antagónica, de manera que así parece estar

---

<sup>41</sup> F. Nietzsche, *La voluntad de poderío*, o.c. N. 336, pág. 201.

cubierto todo el posible espectro argumentativo y a salvo de posibles proposiciones merodeadoras.

Además todo ello va siempre vinculado con lo Natural, es decir, con la imagen de aquello sobre lo cual pretendemos ahora y hemos pretendido siempre prevalecer, pero que nos sirve de tapadera y aún de guarida en los momentos más comprometidos. Lo Natural casi nunca es discutible. Lo Natural se halla por encima –y por dentro– de nosotros. No es posible esconderse de ello ni aún en el sótano más profundo e ignorado de nuestra mente. Nadie puede escapar de los latidos de su propio corazón ni tampoco de sus pensamientos secretos. Nadie puede escapar del *mundo*. Cualquier huida únicamente va a probar la fortaleza de las cadenas que nos atan y la eficacia de los pensamientos que nos mantienen vinculados a lo que es motivo para nosotros de disgusto y de tortura supremos. De todo ello –y de esas profundas e inquebrantables convicciones– nace la idea (ideal) moral.

El Maestro fiel describe con mucha fuerza el origen del ideal. Nada hay tan peligroso como ese producto de las reacciones frente al desencantarse del mundo que es el ideal. Bajo sus banderas es posible hallar casi cualquier atrocidad que a los seres humanos les sea posible imaginar. Nada existe lo suficientemente bajo, mezquino y rastrero que no pueda ser contenido en el amplio y dilatado cuerpo del ideal o en sus proximidades y posibilidades argumentales, discursivas o dialécticas. Pocas cosas de nuestro mundo o de los demás mundos que inventamos, deseamos, queremos o pretendemos conseguir, escapan a su influencia. La *afirmación de sí mismo*, la clarificación y sublimación de los *instintos principales*, la expresión de la *voluntad de poderío*, el terrible proceso de la *espiritualización del mundo* a través del cual han sido sangrados y absorbidos los propósitos e impacencias que dañan nuestra imagen de ese mundo-realidad impresa a fuego en cada rincón del alma (si no se consigue así un alma buena, al menos tendremos un ejemplo próximo del alma ideal, o de lo que hacia ella tiende), las muestras de *virtud* o cuando menos, de *virtuosa* complacencia, el *fortalecimiento*, en suma, de la vida, su *atenuación*, más tarde y su *negación* final, todo ello son manifestaciones de cómo el ideal actúa en nosotros. También lo son de la manera en que lo hace desde las guardas exteriores de nuestro yo, hasta los más escondidos reductos de lo que albergamos dentro. Y, como no, lo son asimismo de la oportunidad, de la ocasión en que ello se lleva a cabo y del propósito que lo guía<sup>42</sup>.

El ideal se muestra así representante, comisionado, mensajero y guía de la santidad que el fetiche expresa frente al desencantarse del mundo. Pocas cosas se pueden hacer contra él y contra su espíritu, ya que nadie colabora menos con el afán esclarecedor que aquellos más temerosos de lo que representa la conducta extraña y apartada de sí respecto al ser en el mundo. *Vivir en los sentimientos positivos*, llaman a eso, al no sentirse aludidos frente a los que expresan el desencantarse del mundo. Y de tal manera continúa la rueda pasando una y otra vez sobre las intenciones de quienes otra cosa desearían y otros horizontes verían gustosos tenderse ante su vista.

Los *tipos consecuentes* serán quienes mayores riesgos corran cuando aparezcan ante ellos argumentos y nociones mediante los cuales es posible aprender a odiar ciertos esquemas fáciles y unos sistemas de vida en los que no existen preguntas ni dudas mayores, salvo, quizá, respecto a comer, sobre como reproducirse o aquellas otras que permiten mirar de vez en cuando por encima del hombro, aunque, desde luego, sin demasiado interés por lo que pueda venir desde el horizonte. El ideal contesta a casi todas las cuestiones que afectan al momento histórico concreto y al desenvolverse frente al mundo, siempre y cuando no se le exija demasiado, porque en ese caso, se vuelve tan mudo como la Esfinge e igualmente peligroso. Los ideales están hechos sobre todo, para afirmarse, para apoyarse sobre las masas y sobrevivir,

---

<sup>42</sup> F. Nietzsche, *La voluntad de poderío*, o.c., N. 338, pág. 202-203.

utilizando el poder cuando sea preciso y no olvidando la fuerza y la persuasión de la magia y del miedo, siempre que su uso sea necesario.

No cabe preguntar en ese ámbito si son posibles actitudes contrarias frente a lo que allí no se nombra ni es bautizado en confesión alguna. Sabemos que existe en nosotros algo que se rebela contra aquello que aparece como escindido de sí y como angustioso frente a las interrogaciones, frente a las preguntas que con mucha frecuencia llegan hasta la caverna más interior del ser. Pero caben pocas oportunidades de cara a lo que no descansa ni afloja su presa. Una de esas oportunidades será, tal vez, aquella que representa, primero el descontento y, más tarde, la opción definitiva y compleja del apartarse del mundo. Si la imagen del mundo se muestra más como una opción que como un cuadro total y definitivamente fijado en el medio, los que buscan una solución al dominio del tipo ideal han de conformarse frente a las adversidades que sobrevienen cuando el suelo desaparece bajo los pies. De todo aquello que era seguro y que aparecía sancionado por la experiencia y presuntamente pactado con generaciones anteriores, nada suele quedar cuando el vendaval de la simplificación azota las débiles estructuras que nos sustentan.

*Modesto, aplicado, benévolo, moderado: ¿es así como queréis al hombre, al hombre bueno?...<sup>43</sup>*

## **6. La voluntad de poder y la pulsión de muerte.**

*...A mí esto sólo me parece el ideal del esclavo, del esclavo del porvenir<sup>44</sup>.*

Desligarse del poder es también desligarse del *fluir* de una vida que se arrastra hacia su final, considérese éste como un acabarse completamente o como simple interrupción de una historia que se continuará más tarde. En cualquier caso, es preciso dejar un sitio a los que ya no viven –o ya no viven más- ubicado en algún constructo físico o reducto cultural en los cuales se manifiesten los efectos de la voluntad de poder en relación con la voluntad de los muertos. Aquí también han de mantenerse todos estos sistemas *ante sí*, dejando que proporcionen una imagen del mundo incluso en el valle de las sombras, donde únicamente restos de proyectos, placeres e ilusiones vagan entre jirones de niebla.

La esencia de poder se apoya en –o se asienta sobre- la voluntad de poder, particularmente en circunstancias que la aproximan o la incluyen dentro de una pulsión de muerte. Desde el poder y también desde la muerte se contemplan perspectivas muy comunes, en torno a las cuales es posible construir elaboradas teorías, activas y también muy posiblemente premiosas e impacientes con el desarrollo, naturalmente despacioso y sosegado, de los sistemas complejos, pero que en su fondo revelan ellas mismas con su *aplicar-se* la influencia de una tensión originaria: aquella producida por el convencimiento de que la muerte se puede abordar desde muchos y muy distintos campos de significación y el impulso que arrastra hacia la muerte puede asimismo ser un viento que levanta las hojas mustias y marchitas, pero que en realidad tiene muy poca influencia sobre aquellos que saben resistirle o que han sorprendido su auténtico carácter: MNHMOΣYNH.

Las perspectivas que se contemplan son similares, desde luego, en lo que se refiere al *dejarse llevar*. No en otros términos, en algunos de los cuales pueden resultar, incluso, absolutamente distintas, volviendo además extraños aquellos ojos utilizados para percibirlos o aquellos cerebros empleados para analizarlos, coordinarlos o interpretarlos, llegado el caso. No se trata de hechos banales, por lo que será mucho mejor andarse con cuidado. El dejarse llevar no es un proceso tan

---

<sup>43</sup> F. Nietzsche, *La voluntad de poderío*, o.c., N.353. pág. 211.

<sup>44</sup> F. Nietzsche, *La voluntad de poderío*, N.353. pág. 211.

grato como a muchos les gusta esperar debido a la implicación placentera que alberga, según suponen. Pero supone más bien una obligación para todos aquellos que aceptan las normas de su inicio y que luego aparecen sujetos estrechamente a dependencia mientras se desarrolla.

De ahí que la pulsión de muerte no haya de significar necesariamente algo que se relaciona con el final de la vida, aunque muy bien en ciertos casos pudiera tratarse de una cuestión así. Sin embargo, también pudiera tratarse de aquello que nos muestra el Maestro fiel, cuando pregunta *¿Qué nos haría pagar el mundo más caro que lo que precisamente deseamos con todas nuestras fuerzas...* Al cabo, responde: *Nada sería más caro que la virtud, porque, en definitiva, convertiríamos con ella el mundo en un hospital...*<sup>45</sup>. Los efectos de ese virtuoso viaje son una imagen casi perfecta de la pulsión de muerte, porque la virtud es un camino muy seguro para que por él se desplace a tumba abierta la voluntad de poder. El poder y la moralidad, o lo que es lo mismo, *el poder y la inmoralidad, de esas grandes hazañas y hechos que se han perpetuado y que no han sido barridos por la ola del tiempo*<sup>46</sup>. El poder y las tumbas abiertas –o las tumbas olvidadas– siempre han sabido convivir entre sonrisas y buenos propósitos.

El poder, en su camino de tumbas y de ademanes imperturbables, ha sabido también liberar sus propias tensiones allí donde aparentemente no debería mostrarse. Y no lo hace a cara descubierta, porque se disfraza. El poder se disfraza con la cara descarnada de la muerte y así, a través de las tumbas, exhala su fuerza disgregadora, la convierte en un elemento liberador y esperado, en un discurso que se expresa a través de mil conflictos alejados de él, del poder, que no sólo resulta así aparentemente incontaminado, sino que atrae hacia su campo de energías a todos aquellos elementos en principio extraños y antagónicos que se transforman de esa manera en sus principales suministradores de recursos. El poder contribuye a que sus enemigos colaboren en la construcción de caminos que irremediamente conducirán hasta él. La encrucijada en que confluyen el poder y la muerte es, en este sentido, la expresión mágicamente transformada de la voluntad de poder.

¿Cómo se modifica entonces la pulsión de muerte, cuando con ella no se trata de representar ningún impulso suicida ni tendencia sepulcral alguna? Se convierte en una fantasmagoría. Por ejemplo, la *virtud*. Por ejemplo, el *error*. Por ejemplo, la *educación* o la *socialización* (palabra *terrible* donde las haya). Por ejemplo, el *pecado*. El valor energético derivado o extraído de la pulsión de muerte así camuflada se utiliza entonces en la consolidación de esa estructura constituida alrededor del poder. En estos casos y en casi todos los demás, la realidad es mucho peor de lo que aparenta: *domesticación y cría*<sup>47</sup>.

Podemos contar entonces con nuestra información, extraída de las gotas dejadas bien atrás por la memoria: la transmigración de la voluntad de poder hacia la pulsión de muerte puede ser, asimismo, una manera de aprovechar al máximo una energía que servirá a algo así como el llamado *canibalismo ritual* de los dioses. Los humanos alimentan con sus desgracias la cualidad que los dioses exhiben descaradamente: ellos mismos jamás podrán ser desgraciados. Los humanos mueren (o pierden en su lucha importada del Olimpo, Eros contra Tanatos). Los dioses son inmortales. No participan en el juego. O tal vez mejor, modifican las reglas a su capricho.

---

<sup>45</sup> F. Nietzsche, *La voluntad de poderío*, o.c. N° 391, pág. 228.

<sup>46</sup> *Ibid.*

<sup>47</sup> F. Nietzsche, o.c., N° 393, pág. 229. Recuérdese no obstante la puntualización que se hace un poco después: *No hay peor confusión que la de equiparar los conceptos domesticación y disciplina...*



Analizad el ámbito en el que se produce esa transmigración: éste ámbito es el mundo. Y en este lugar ocurre que, según apunta Heidegger *llegamos demasiado tarde para los dioses y demasiado pronto para el ser, cuyo poema empezado es el hombre*. El ser queda así reducido a *valor*. La realidad se revela por medio de las fulguraciones brevísimas de luz relampagueante; entre esos destellos está, siempre presente, siempre dispuesta, la oscuridad. ¿Cuál será entonces la idea de realidad que nos apropiaremos? ¿La de deslumbramiento? ¿La de oscuridad? La transmigración de la voluntad de poder hacia el contenido traspasado por la pulsión de muerte se muestra ahora afectada por una sucesión increíblemente rápida de luces insoportables y de tinieblas profundas. Pero no hay síntesis aquí. Sólo *quantos* de acción. Únicamente mínimos y obsequiosos paquetes de energía, modulados por ritmos infernales. La música de las esferas. Tal vez la música del Sol Negro.

Sabemos de la realidad de la muerte como extinción o tal vez como final de un ciclo. Pero también se nos ha dicho por doquier que la muerte es una manera de hablar, una manera de comunicar y de referirse a un cambio de estado en un camino iniciático, en el que es necesario perderlo todo inmediatamente para tener la oportunidad de volver a nacer. La pulsión de muerte sería entonces un intento para ir más allá de sí, para alcanzar una historia que casi siempre se nos escapa y huye de nosotros sin explicaciones ni lamentos. No existe Plan alguno ni cabeza pensante que lo alumbre en el vacío que nos contiene. Cuando nos encontramos marchando por ese camino, en cuyo horizonte únicamente parecen adivinarse sonrisas heladas y muecas grises, se nos pide también que seamos algo más que nosotros mismos, que sobrepasemos nuestro propio proyecto y nuestra débil esperanza. Transformación y superación del ser. En ese nivel recién conseguido han de terminar definitivamente las incongruencias e incapacidades antiguas para ser cambiadas por otros problemas que irán surgiendo inevitablemente, pero que ya no conciernen al hombre viejo sino al nuevo ser humano.

Esos valores recién salidos de su cascarón intentan ahora ser predominantes e invadir el terreno, todavía tibio, en el que moraban aquellos que ya no están ni pueden permanecer. Existe siempre un afán de orden, un compromiso para encender las luminarias que alumbran a la razón con una cierta cadencia, la cual puede o no responder al ciclo eterno. De esa manera haremos huir a los fantasmas, dicen, aun cuando los fantasmas se agolpen y empujen unos a otros muy cerca de donde se mueve rítmicamente, como en una respiración atroz, el fino halo brillante. Los grandes hombres están ahora listos para el gran sacrificio.

Sin embargo, la voluntad de poder, en su camino hacia el enmascararse en una pulsión de muerte, bien puede parecer –o aparecer– aún otra cosa más. Puede llegar a ser tomada por un hondo, brillante y definitivo *progreso*. No por una evolución. Ni por una ganancia. Tan solo por un progreso capaz de contenernos a todos entre sus redes, demostrable, preciso y rotundamente *necesario*. ¿Cómo es posible que suceda tal cosa en nuestros días?

Ocurre, sencillamente, a través de la moral y de la historia procaz de su carácter necesario y de su función propedéutica, preparatoria, para con ella, es decir, con la moral, llegar a tocar el cielo con nuestras manos originalmente sucias. Nada hay que sea más sencillo, natural y hasta lógico. Únicamente existe un camino: el del autoengaño y la autocomplacencia que tan unidos suelen marchar por este tipo de inciertas posibilidades. El Maestro fiel apunta, incluso, que no es necesario crear ninguna filosofía para fundamentar la moral<sup>48</sup>, ni hemos de despertar interés alguno por lo que pueda ocurrir más allá de los bordes de esos estrechos senderos que trazamos en lo oscuro y en lo desconocido con la audacia de los sectarios y con la

---

<sup>48</sup> F. Nietzsche, *La voluntad de poderío*, Nº 409, pág. 237.

confianza de aquellos que se cubren los ojos para no ver lo que se alza en el horizonte.

El progreso nos guía y conduce nuestras esperanzas como una estrella en lo alto de los cielos. Es combate y es, también, destrucción de lo que antes había. En el progreso se concentra el poder. Pero toda esa concentración, todo ese fluir hacia nosotros para cubrirnos y dominarnos con su voluntad, no puede ocultar la podredumbre, la corrupción que segrega de sí. Los sectarios de los dioses pequeños y los otros, los sectarios de las Grandes y Escondidas Divinidades, obtienen su mayor placer al observar como esa corrupción se extiende y triunfa allí donde otros intentos anteriores no habían podido llegar. El futuro prevalece así sobre lo existente aún antes de ser. Pero lo hace mediante la esperanza que algunos ponen en que lo podrido, lo corrupto y lo cadavérico lleguen antes, más fuertes y más lejos que el propio futuro y sus posibilidades todavía no nacidas entre nosotros.

Nuestro Maestro fiel busca un nuevo centro desde el que desplegar las esperanzas y a partir del cual *encontrar para los individuos nuevos manantiales de fuerzas*<sup>49</sup>. Para ello necesita el concurso de la destrucción y del temor que, en ocasiones, van unidos de la mano con la simplicidad –esa simplicidad terriblemente *compleja* de las cosas que nacen de nuevo, que brotan y se esmeran por llegar hasta lo alto- y con la mirada que acaba de bañarse en las promesas de un posible principio. *Yo conocía que el estado de disolución en que los seres individuales se pueden perfeccionar como nunca, es un modelo y un caso individual de la existencia universal*<sup>50</sup>.

Él sostuvo, desde luego, tal como dice, el eterno retorno de lo mismo contra el sentimiento paralizador de la disolución universal. Esa disolución que el poder y su voluntad de ejercerse contra todo lo que existe dentro de su alcance, han propiciado como nunca se había hecho ni se había conseguido en muchos años de historia humana. El sentimiento de disolución ha de esconderse en medio de las palabras y de las expresiones, ha de contener su volumen y su capacidad entre las líneas y los pensamientos, ha de sembrar su futuro deslizándose a través de los argumentos y de las *necesidades*. ¿Podremos, tal vez, encontrarlo junto a las cosmovisiones que pretenden ordenar lo inimaginable que yace un poco más allá de nuestras luces? ¿Es que en esas obras de nuestro espíritu se contienen ya desde el mismo principio las semillas del infierno?

Nadie –o muy pocos- pretenderán juzgarnos por ello si levantamos la voz frente a la oscuridad de la que quieren revestirnos aquellos que empujan y empujan nuestros cuerpos frente al abismo. Nadie –o muy pocos- dirán que nos hemos alzado inútilmente contra toda esa energía desprendida de nosotros mismos y llevada al cauce de los que no desean paz alguna. Nadie –o muy pocos- justificarán su alegría ante nuestra derrota previsible y ante nuestra muerte cierta, más acá de esas alturas en las que se protegen los dioses. El poder que se desprende y que fluye desde el principio no toma en cuenta pequeños deseos ni voluntades de menor rango que la suya propia. No es un proyecto lo que desea imponer, sino un propósito en el que únicamente caben quienes asienten y obedecen.

El ideal del esclavo se mezcla aquí con la sangre de todas las historias contadas y creídas frente al fuego de lo necesario. El ideal del esclavo es algo así como la llave maestra de todas nuestras preocupaciones, pero se trata de una llave inservible, incapaz de abrir nuestras culpas y de arrebatarnos la infame seguridad de unas cadenas aceptadas y consentidas. La división dibujada en el interior de cada una de las causas que defendemos nos impide ver al otro lado de la pared que contiene y sofoca cualquier esperanza. Y es precisamente ahí donde la pulsión de muerte

---

<sup>49</sup> *Ibid.* N° 411, pág. 238.

<sup>50</sup> *Ibid.*

adquiere un significado siniestro, análogo al que muestran ciertas Danzas Macabras: los vivos, obligados a bailar con los muertos. Los vivos, cabizbajos y temerosos. Los muertos, alegres y confiados. ¿Será ésta, tal vez, una imagen de la lucha eterna sostenida por la Virtud contra la Necesidad?

Cuando rechazamos una posibilidad para entrar en el núcleo mismo de la manera de pensar que nos ha acompañado durante siglos, suponiendo que, en definitiva, bien podemos dejar que pasen unos cuantos años más sin que por ello vayan a desencadenarse catástrofes mayores, estamos cavando bajo nuestros pies la sepultura que terminará tarde o temprano por encerrarnos quizá de una manera permanente. Aunque tal vez habría que tomar en cuenta lo que afirman ciertos apóstoles de la *incontinencia* sobre que no existe nada que se muestre permanente por sí mismo. Después de todo la sepultura, en lugar de prisión, puede ser un nuevo camino hacia otra realidad que para nosotros es ahora insospechada.

En cualquier caso convendrá considerar que, si verdaderamente estamos solos, el pensar no vendrá nunca por sí mismo hasta nosotros para ayudarnos a perseguir la ilusión de la libertad, ni para hacernos respirar el aire de un mundo nuevo. Las ideas que mantenemos acerca de ese mundo en el que habita y reside nuestro pensamiento son las prisiones que nos separan de la realidad pactada y consentida en una lucha sin cuartel que se prolonga hacia el infinito, sin esperanza de tregua alguna desde la que construir un futuro posible. La *vertú* enmascarada es la reina de una fiesta en la que no hacemos otra cosa que dar vueltas y más vueltas sobre nosotros mismos, sin encontrar salida ni refugio. *No sentir el menor deseo de ser "mejor", ni siquiera de "variar"*<sup>51</sup>. Ese es nuestro signo. Y con él, no vamos a vencer. Los dioses pueden enviarnos señales. A lo mejor encienden también algún que otro fuego misterioso o hacen surgir resplandores en montes que se elevan sobre el desierto, todo ello si están de humor. Pero no se dejarán doblegar por los signos. Y mucho menos por las obligaciones de una moral construida para sujetar y dominar. Para esclavizar y oscurecer.

Un principio que debemos aprender y con el cual tendremos que acostumbrarnos a vivir en dulce compañía, es aquél que nos informa así: los dioses no tienen moral. Las *almas bellas* no son más que proyectos sin demasiado sentido, colocados dentro de planes cósmicos con los que nosotros apenas hemos tenido algo que ver. *El patrimonio heredado de la moralidad*, según afirma nuestro Maestro fiel, bien *se puede dilapidar y tirar mucho por la ventana sin por ello empobrecerse en exceso*<sup>52</sup>.

Lo cósmico es ahora plenamente -con plenitud de conciencia- eterno retorno de lo mismo. La pulsión de muerte no conduce hacia la extinción que, al fin, sería también el descanso, la liberación, sino hacia la eterna rueda del tormento: mutaciones, cambios, variedades, avatares. ΜΝΗΜΟΣΥΝΗ. Una vez más.

---

<sup>51</sup> F. Nietzsche, o.c. N° 420, pág. 244.

<sup>52</sup> *Ibid.*, N° 419, pág. 244.